1135

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

BATALLA DE DIABLOS,

COMEDIA DE MÁGIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

17

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Jaan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados
Los dos sargentos es
Los dos inseparables.
La pesadilla de un ca
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una car
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapater
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espe
La banda de la Cond
La esposa de Sancho e
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dilu
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid
La Madre de San Fer
Las floresi de Don Ju
Las aparrencias.
Las gueeras civiles.
Leccions de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Floren
La Archiduquesita.
La escuela de los amig
La escuela de los perd
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la C
La ninfa Iris.
La dicha en el bien aje
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla
La calle de la Montera
Los pecados de los pad
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreñ
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento
La agenda de Correlet
La cruz de oro.
La caja del regimiento
Las sisas de mi mujer
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina
Martin Zurbano.

BATALLA DE DIABLOS.

El autor de esta obra no autoriza para su representacion á ninguna empresa, sin que antes se entienda con D. Luis Muriel, que vive en Madrid, calle del Baño, núm. 13, tercero derecha.

Tampoco se permitirá poner en escena la obra, sin la música de D. José Arche.

En los teatros en que falten actores para todos los papeles, pueden doblarse del modo siguiente: Alberto y hombre 4.°; Retrato, Franval y hombre 5.°; Blondel y Pedro Botero; Clarenzal y hombre 3.°; Legado y hombre 1.°; Diablo de dos caras y diablos; Minos y hombre 2.°

BATALLA DE DIABLOS,

COMEDIA DE MÁGIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE ZUMEL,

Representada por primera vez en el teatro de Novedades el 15 de Noviembre de 1865.

MÚSICA DE D. JOSÉ ARCHE,

DECORADO Y MAQUINARIA

DE DON LUIS MURIEL,

Trajes fantásticos de transformacion

DE D. JOSÉ SALDIVAS,

BAILES

DE D. ANTONIO GUZMAN.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

AL NOTABLE PINTOR ESCENÓGRAFO

DON LUIS MURIEL.

Querido Luis: tú te has encargado de poner en escena esta obra: no sé cómo la recibirá el público; más que en ella, confio en el magnífico decorado que te he visto pintar; si el éxito es favorable, tuya será la mayor parte del triunfo; quiero que conste en esta página el parabien anticipado que te da el cariño y la justicia de

El Autor.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/batalladediablos00arch_0

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Examinada esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, con las supresiones hechas.

Madrid 8 de Agosto de 1865.

El censor de teatros,

Narciso Serra.

Quedan hechas las supresiones que indica la censura.

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELVIRA	D.ª Felipa Diaz.
LUZBEL	D.ª Dolores Carceller.
DIABLA 1.ª	D.ª Antonia Navarro.
DIABLA 2.ª	D.ª Carolina Crespo.
GABRIEL	D. Eduardo Cortés.
PEÑASCO	D. José Banovio.
EL DIABLO COJUELO	D. Manuel Vega.
PLUTON	D. Antonio Chavarria.
RICARDO, CORAZON DE LEON	D. Cárlos Sanchez.
ALBERTO	D. Francisco Arellano.
FRANVAL	D. Vicente Yañez.
BLONDEL	D. Donato Jimenez.
CLARENZAL	D. Nepomuceno Espantaleon.
UN LEGADO	D. Atanasio Maré.
UN DIABLO CON DOS CARAS	D. Manuel Córcoles.
MINOS	D. Vicente Sanchez.
UN RETRATO DE SEÑORA.	
UN RETRATO DE CABALLERO.	
PEDRO BOTERO.	
HOMBRES 1.°, 2.°, 3.°, 4.° y 5.°	
UN DIABLO.. RADAMANTO. EACO..... UN JUEZ..... UN USURERO. UN MÉDICO.. UN MARIDO.. DOS SEÑORAS	No hablan.

Diablos, diablas, guerreros, pajes, caballeros, pueblo, damas, valientes y descuidados.

La accion pasa en Normandia, siglo XII.

ACTO PRIMERO.

Selva agreste: varios matorrales y peñas junto á los bastidores; en los de los últimos términos se verán entradas del monte, que parte por ambos lados: en el fondo un castillo de altas murallas y torreones salientes, de aspecto sombrio; no tendrá ninguna bandera: puente levadizo levantado: foso, que se figura que coge de torreon á torreon. Dos estátuas de piedra á los lados del puente, de un guerrero y un paje.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO y FRANVAL.

FRANV. Á este monte retirado
no llega el marcial estruendo.
ALB. Es verdad, pero este sitio
encierra, amigo, otro riesgo.
FRANV. ¿Y cuál?
ALB. ¿No sabes que aquí
se hospeda hace mucho tiempo
la bruja de Normandia,
que infunde terror y miedo
en estas comarcas?
FRANV. Si,
oí contar algo de eso;
pero no tengo cuidado,

678376

porque en hechizos no creo.
Sin duda que esa hechicera
ó bruja tuvo talento
para poder fascinar
á los campesinos necios
de este monte, y su ignorancia
les abultará el misterio
de que astuta se rodea
para alucinarlos.

ALB. ¡Bueno!
podrá ser lo que querais;
pero, Franval, es el hecho
que en este castillo habita
antiguo, ruinoso y viejo,
cuyo puente levadizo
nunca se baja; no vieron
entrar á nadie jamás,
ni asomó nunca un guerrero
por sus almenas, ni alma
viviente en sus muros gruesos
se hospeda, mas que la bruja
que mora en él hace tiempo.

FRANV. ¿Y no ha habido quien pretenda
penetrar ese misterio?

ALB. En una ocasion estuvo
por aqui un aventurero,
acompañado de un paje,
hombre de valor inmenso;
enterado de esa historia
que de la bruja sabemos,
quiso penetrar osado
en el castillo, y tan luego
como á su puente llegó
comenzó á llamar muy recio;
como no le contestaban,
el amo y paje resueltos
intentaron penetrar
por la violencia, queriendo
pasar por cima del foso
á favor de unos maderos;
mas apenas lo pensaron
los tristes se convirtieron

en dos estátuas de piedra,
y allí estan.

FRANV. ¡Qué! ¿son aquellos?

ALB. Esos son los desgraciados
que á tal cosa se atrevieron.
Otra vez, los aldeanos
de aquese vecino pueblo,
teniendo miedo á la bruja
y decididos queriendo
echarla de esta comarca,
armados todos vinieron
á demoler el castillo;
pero, amigo, fué lo cierto
que cuando se disponian
furiosos á demolerlo,
se quedaron convertidos
en gran bandada de cuervos,
que volando por los aires
despareció en el momento.

FRANV. Y esos sucesos extraños,
¿cuándo, amigo, acontecieron?

ALB. Hace seis años.

FRANV. Pues yo...
¡francamente!... yo no creo
esas sandeces; sin duda
que esas estátuas pusieron
al labrar ese castillo;
no hubo tal aventurero,
ni paje, ni son verdad
esos ridículos cuentos!

ALB. ¡Podrá ser; pero yo opino
que al instante nos marchemos
por esos bosques, que aqui
á la verdad, tengo miedo!

FRANV. ¡Vaya! ¡Parece imposible!

ALB. Alguien se acerca.

FRANV. ¡Y corriendo!

ESCENA II.

DICHOS y PEÑASCO, muy asustado.

PEÑASCO. ¡Socorro! ¡Socorro!
ALB. ¿Qué
le pasa?
PEÑASCO. ¡Me persiguen!
Decid, amigos, ¿me siguen
muchos soldados?
FRANV. ¡No á fé!
PEÑASCO. ¡Ay, Dios! ¡respiro por fin!
¡qué tremenda algaravia!
¡qué estruendo! ¡qué griteria!
¡los disparos del clarin,
de los caballos las voces,
los relinchos del ginete,
uno ceja, otro arremete!
¡Qué episodios tan feroces!
¡El jurar de los aceros,
el crujir de los heridos,
de los muertos los gemidos!...
¡he pasado instantes fieros!
ALB. ¿Mas qué trapisonda es
la que contais? ¡Por mi nombre!...
FRANV. ¡Sin duda es loco este hombre,
que todo lo habla al revés!
PEÑASCO. ¿Conque digo?...
ALB. Disparates.
PEÑASCO. ¡Solo falta que esta gente
me lleve como demente
á alguna casa de orates!
FRANV. ¿Pero quién sois?
PEÑASCO. ¡Un menguado!
¡un cobarde sin segundo,
que corro por este mundo
siempre triste y asustado!
Peñasco tengo por nombre
y mi fortuna se empeña...
¡quisiera volverme peña,
que mejor es que ser hombre!

Sirvo á un loco muy valiente
que anda á caza de aventuras,
y que todas sus locuras
pago yo, siendo inocente.
Supo que Felipe Augusto
tiene guerra con Ricardo,
y exclamó... «¡de furor ardo!
¡ir á la guerra es mi gusto!»
Quise resistirme yo
á venir: ¿cómo negarme?
me amenazó con matarme
si me quedaba.

ALB. ¡Hombre!

PEÑASCO. ¡Oh!
¿Quién le mandaba venir
á buscar guerras y horrores,
y traerme á mí, señores,
que es lo mas grande... á morir?
Porque en tanta chamusquina
como se mete arrojado,
un dia moriré asado
lo mismo que una sardina!

FRANV. ¿Segun eso en el combate
habeis estado?

PEÑASCO. ¡Si vengo
de allí, y al miedo que tengo
ya mi corazon se abate!
¡Ah! yo quisiera encontrar
dónde esconderme: un asilo
donde respirar tranquilo,
si me es dado respirar!
Mas un castillo hay allí;
pediré hospitalidad. (Va á él.)

ALB. ¡No os acerqueis!

PEÑASCO. (Retrocede asustado.) ¡Qué!

ALB. ¡Apartad!
¡le habita una bruja!

PEÑASCO. (Temblando.) ¿Si?
¡Dios mio! ¡Por todas partes
he de hallar!... ¡maldito miedo!
¡Si desecharle no puedo
nunca!

FRANV. Temed las artes
de esa fatal hechicera,
y huid de este sitio.
PEÑASCO. ¡Bueno!
mas vos que os hallais sereno
guiadme. ¡Si consiguiera
estar una vez tranquilo!
¡Salvadme por caridad!
¡que tengo, considerad,
pendiente el alma de un hilo!
(Aparece sobre el torreon de la derecha Elvira, vieja: viste un túnico encarnado con caperuza id. Alberto la ve.)
ALB. ¡Ah! ¡La bruja!
FRANV. ¿Jesucristo!
ALB. ¡Huyamos! (Vánse.)

ESCENA III.

PEÑASCO, ELVIRA en el torreon.

PEÑASCO. (Temblando.) ¡Pues yo tambien! (Va á irse.)
ELVIRA. ¡Peñasco, detente!
PEÑASCO. ¡Oh!
¡sabe mi nombre!
ELVIRA. ¡Lo sé!
PEÑASCO. (¡Quisiera huir, y de miedo
no puedo mover los pies!)
ELVIRA. ¿Estás temblando?
PEÑASCO. ¡Yo, no!
ELVIRA. ¿Tienes miedo?
PEÑASCO. (Temblando mas.) ¿Yo?... ¿de qué?
ELVIRA. ¡Que tiemblas, es evidente;
sin duda de pavor es!
¡no hay por qué!
PEÑASCO. ¡Si, ya lo creo!
¡Está claro! ¿Qué ha de haber?
¡Es que yo nací en Tembleque;
y como que no hay el qué,
faltando ese qué, aunque peque,
Tembleque, queda en temblé.
ELVIRA. Tengo que hablarte.

PEÑASCO. (¡Ay!) ¿Á mí?
ELVIRA. ¡Si tal!
PEÑASCO. ¡Mas si yo á usarcé
no conozco, ni la he visto!
ELVIRA. Eso no importa; sé bien
quien eres, porque te oí
há poco el relato hacer,
y tengo mucho que hablarte.
PEÑASCO. ¡Estais tan alta!
ELVIRA. No es
obstáculo; que al momento
á tu lado bajaré.
¡Mira!
(Baja el torreon con ella hasta dejarla en el tablado.)
PEÑASCO. (Temblando) (¡Dios! ¿Qué es lo que veo?
Me hallo en mi pueblo otra vez!)
ELVIRA. Tranquilízate, Peñasco;
no tienes por qué temer,
porque yo á tu lado estoy.
PEÑASCO. (¡Bonita compaña á fé!)
ELVIRA. ¿Quién es tu amo?
PEÑASCO. Es un hombre.
ELVIRA. ¿Cómo se llama?
PEÑASCO. Gabriel.
ELVIRA. ¿Y su apellido?
PEÑASCO. Inclusero
pienso, señora, que es:
há tres años que le sirvo
y le quiero, y le soy fiel;
si escribe cartas, se firma
Gabriel solamente.
ELVIRA. ¿Y bien?
PEÑASCO. Todo el que le habló, le dijo
á secas siempre, Gabriel.
ELVIRA. ¿Es jóven?
PEÑASCO. Sus treinta años.
ELVIRA. ¿Gallardo?
PEÑASCO. ¡Si que lo es!
ELVIRA. ¿Valiente?
PEÑASCO. ¡Como ninguno!
ELVIRA. ¿Preocupado?
PEÑASCO. Solo sé

que está siempre peleando,
y que á mí me quiere hacer
muy valiente: un imposible
es pensarlo, que aunque él
me lleva siempre consigo
y se empeña... ¡pero qué!
en cuanto empieza la danza
se me disparan los pies,
y corro mas que los gamos
que los cazadores ven.

ELVIRA. ¿Enamorado?

PEÑASCO. ¡Un cupido!
Como que no habrá mujer
á quien él no le haya dicho
cuatro piropos ó diez.

ELVIRA. ¿De qué pais?

PEÑASCO. Español.

ELVIRA. ¿Y cómo si español es
se encuentra en la Normandia?

PEÑASCO. ¡Francamente lo diré;
porque es lo mas revoltoso,
mas trueno y mas... ni Luzbel!

ELVIRA. ¡No le nombres! (Con horror.)

PEÑASCO. ¡No le nombro
si no le agrada á usarcé!
(¡Le defiende! ¡Es una diabla
disfrazada de mujer!)

ELVIRA. ¡Prosigue!

PEÑASCO. (¡Me huele á azufre!)
Corriente, proseguiré.
Por una intriga de amores...
¡oh, qué noche tan cruel!
Yo del jardin en la puerta,
sus palabras escuché;
ella amante, le decia...
«¡No me abandones, Gabriel.
—Él, jamás, mi doña Juana!»
Mas cátate que un doncel
los sorprende; en el momento
á un tajo siguió un revés,
y mi amo me dijo;—«¡Huyamos!
—¿Le mataste?—¡Le maté!»

Salimos de España huyendo;
pusimos en Francia el pié,
y á poco en Paris tuvimos
otro lance mas cruel.
Allí se llamaba Fanny
la amada de don Gabriel,
y por esta otra pendenci
tuvimos; en ella, tres
sucumbieron á las iras
de mi amo, y otra vez
vuelta á huir.—«¡Á Normandia!
allí tendremos que hacer!—
me dijo—porque allí hay guerra!»
y por eso aqui nos ves.

ELVIRA. ¡Conque enamorado!

PEÑASCO. ¡Digo!

ELVIRA. ¡Emprendedor!

PEÑASCO. ¡Ya se vé!

ELVIRA. ¿Qué te parezco?

PEÑASCO. ¡Muy mal!

ELVIRA. ¿Cómo?

PEÑASCO. ¡No! ¡Me equivoqué!
un poco vieja... ¡tampoco!
Perdóneme su merced,
pero no sé lo que digo...
¿y cómo?... nunca podré...
tengo una angustia... una pena...
estoy ardiendo de sed...
(¡De miedo!)

ELVIRA. Pues bebe agua.

PEÑASCO. ¿Pero dónde, si no... (Mirando en derredor.)

ELVIRA. ¡Vé!
(Señala un peñasco, del que brota una fuente: en el mismo peñasco aparece un cuerno colgado.)

PEÑASCO. ¡Demonio! Pero esa fuente...
¡Calla! ¡Y un cuerno tambien!
¿Para qué es ese trofeo?

ELVIRA. Para que puedas beber.

PEÑASCO. Puesto que la sed me mata,
voy allá. (Coge el cuerno y se detiene.)
Recelo...

ELVIRA. ¿Qué?

PEÑASCO. Si esa agua endemoniada
estuviera...
ELVIRA. ¿Á qué temer?
¡bebe pronto!
PEÑASCO. No se enfade,
señora bruja: ¡ay! no sé...
bebamos; ¡resignacion!
Si el agua nociva es,
¡paciencia! ¡raro es el caso
en que me encuentro, pardiez!
bebamos, y nadie diga
de esta agua no beberé.
(Bebe en el cuerno: se oye ruido de armas: Peñasco tiembla.)
ELVIRA. ¿Oyes estruendo de armas?
PEÑASCO. ¡Ay, es verdad! ¿Y qué haré?
(Desaparece la fuente: Peñasco queda con el cuerno en la mano.)
¡Yo me marcho!
ELVIRA. ¡Nada tema!
PEÑASCO. Yo quisiera no temer;
mas si vienen y me ensartan
como á un buñuelo...
ELVIRA. Sabré
libertarte: estás conmigo.
PEÑASCO. ¡Es verdad!... mas sin querer...
ELVIRA. Ya llegan riñendo.
PEÑASCO. ¡Si!
¡ya llegan!... ¡noventa! cien!
Vienen combatiendo todos
contra mi amo. ¿Los ve?
ELVIRA. Si; y él solo se defiende:
¡es muy bravo!
PEÑASCO. ¡Si lo es!
Pero yo quiero escurrirme.
ELVIRA. ¿No le ayudas?
PEÑASCO. ¿Para qué?
¡si siempre la ayuda mia
es ayudar á caer!
Ademas perdí la espada;
y aunque me precio de fiel
con este cuerno, señora,

muy poco se puede hacer.
Si embisto á los enemigos,
aun corneando muy bien,
me expongo á que venga un diestro
que me largue un volapié.

ELVIRA. Ven conmigo. (Cogiéndole de la mano.)

PEÑASCO. ¿Adónde vamos?

ELVIRA. Á sitio seguro: ¡ven!

(Lo lleva adonde se hundió el torreon, el cual sube con los dos.)

PEÑASCO. ¡San Caralampio me valga!
¡que nos vamos á caer!

ELVIRA. ¡No tema!

PEÑASCO. Si me desnuco,
entonces no temeré.

ESCENA IV.

ELVIRA y PEÑASCO, en el torreon; GABRIEL, combatiendo contra seis, sale por la derecha.

GABRIEL. ¡No me rindo sin morir!
¡Cobardes! ¡viles!

TODOS. ¡Á él!

PEÑASCO. ¡Ay, que lo van á matar!

ELVIRA. No, que yo le salvaré.
¡Delante de mi castillo
quiero un bosque! (Alto.)

(Los seis hombres que combaten con Gabriel se trasforman en árboles.)

GABRIEL. (Sorprendido.) ¡Cielos!

PEÑASCO. ¿Eh?
¡Se volvieron alcornoques
los contrarios!

GABRIEL. ¡Por mi fé
que estoy asombrado!

ELVIRA. ¡Mira
hácia estos muros, Gabriel!

GABRIEL. ¿Qué miro? ¿Mas no es Peñasco?

PEÑASCO. ¡Aqui estamos todos!

GABRIEL. Bien,
pero...

ELVIRA. Soy la hechicera
de esta comarca; merced
te hice de libertarte
la vida, como lo ves.
Á todos tus enemigos
poderosa destruiré.
PEÑASCO. Yo soy su amigo mejor.
ELVIRA. ¡Calla!
PEÑASCO. No vaya á creer...
ELVIRA. Mas de este favor en cambio,
¿puedo de tí disponer?
GABRIEL. Segun.
ELVIRA. Lo que yo te pida
solo será por tu bien.
PEÑASCO. (Pudiera pedirle cosas...
y estas cosas... mas oiré.)
GABRIEL. Entonces contad conmigo.
ELVIRA. ¿Tienes valor?
GABRIEL. Lo probé
en cien combates.
ELVIRA. No importa...
PEÑASCO. ¡Que si tiene valor él!
ELAIRA. No te pido ese valor
que se tiene en la embriaguez
de los combates; yo quiero
otro mas grande.
PEÑASCO. (Asombrado.) ¡Pardiez!
GABRIEL. Si otro mas grande pretende...
ELVIRA. ¿Nunca has llegado á temer
las fantasmas y visiones?
GABRIEL. Aseguro por mi fé,
que jamás he conocido
nada que pavor me dé.
ELVIRA. ¿Entrarás en mi castillo
con gusto?
GABRIEL. ¡Si tal!
ELVIRA. Si es
mansion de los condenados.
albergue de Lucifer...
PEÑASCO. (¡Qué escucho!) ¡Señora bruja,
soy cobarde, ya lo sé!
¡pero yo me quiero ir,

que tengo mucho que hacer!

ELVIRA. (Á él.) ¡Calle el necio!
(Á Gabriel.) ¿Qué contestas?
no te arrepientas despues...

GABRIEL. ¡Que no he bajado al infierno
á combatir con Luzbel,
porque no sé dónde está!

ELVIRA. ¡Entra! ¡Lucharás con él!

(Baja el puente levadizo y Gabriel entra por él. Mutación. Decoracion corta en las zahurdas de Pluton.)

ESCENA V.

PLUTON, MINOS, RADAMANTO, EACO, el DIABLO COJUELO y varios diablos.

PLUTON. ¡Caudillos de mis legiones!
¡Oh, jueces de mis zahurdas,
Eaco, Minos, Radamanto,
en cuyos talentos funda
el tribunal de justicia
mi majestad absoluta!...
Os he convocado á todos
porque un cuidado me abruma,
y quiero que ilumineis
mi razon.

MINOS. Di, ¿qué te apura?

PLUTON. Para todos los delitos
hay castigo en mis zahurdas,
y cavernas destinadas
para mozos y viudas;
para astutos usureros;
para las damas lechuzas;
para sabios que no saben
y valientes que no luchan;
para los casados mansos;
para mujeres impúdicas;
para jueces sin conciencia;
para alguaciles con uñas;
para ladrones de oficio
que en los caminos madrugan;

para estafadores viles
que á los necios embaucan;
para los reyes tiranos
y los ministros garduñas;
y en fin, para los Herodes
que á los indefensos zurran.
Para todos los pecados
aqui hay lugar.

MINOS. ¿Quién lo duda?

PLUTON. Mas hace ya mucho tiempo
que por el mundo pulula
una falange menguada
que todo lo desmenuza;
polilla de las naciones,
de los erarios tortura.
Esos son hombres políticos
que aqui vendrán sin excusa,
y aqui no hay lugar.

MINOS. ¿Qué escucho?

PLUTON. La verdad es lo que escuchas.

COJUELO. ¿Acaso por ser políticos
se condenarán? Se usa
la política, y se exige
en las sociedades cultas.

PLUTON. No es, Cojuelo, la política
que la educacion procura
ni el sostener una idea
lo que constituye culpa.
La que aqui ha de condenarse,
es la política astuta
de los hombres que defienden
doctrinas sin fé ninguna,
y que atacarán mañana
el principio por que hoy luchan,
si el cambio de sus ideas
para medrar les ayuda.
Esos que el bien de su patria
ni le quieren ni le buscan;
que apóstatas se resellan
si tal paso les encumbra.
Esos que van cada dia
subiendo como la espuma,

con coro de maldiciones
pronunciadas por las turbas,
con la opulencia en la vida
y el deshonor en la tumba.

MINOS. Yo opino porque esas almas,
deben pasar, sin disputa,
su pena entre mercaderes:
estos cometen la culpa
de sisar al medir telas
y de vender con usura:
y esos otros, la conciencia
venden con frialdad impúdica,
sisando el bien de su patria,
que es la sisa mas absurda.

COJUELO. Yo opino que con venteros
y fondistas se confundan;
estos, dan gato por liebre;
y cuando esos hombres luchan
demostrando unas ideas
que luego truecan por muchas,
dan gato por liebre al pueblo
que ignorante los encumbra.

PLUTON. Dispondré un departamento
donde retirados sufran;
el olvido y el desprecio
será la espiacion mas justa;
comidos por la gangrena
de sus conciencias sucumban,
y no infesten con su aliento
la paz de nuestras zahurdas!
Á otra cosa; ya sabeis
que el infierno siempre busca
la ocasion, para influir
en las mundanas locuras.
Sabeis que Felipe Augusto
logró con gloria y fortuna,
con Ricardo, en Palestina
abatir las huestes turcas.
Mandé la envidia á sus pechos;
que la envidia, cual ninguna
indispone á los amigos,
y mas, cuando fama buscan.

Despues, estuvo Ricardo
prisionero; y con ayuda
de su hermano Juan sin Tierra,
Felipe con saña injusta...

COJUELO. Yo, señor, se la inspiré.

PLUTON. Entróse en la tierra suya
quitándole muchos pueblos:
Ricardo hoy libre, procura
vengarse de su enemigo;
recobrar lo que le usurpan.
Juan, cobarde, se arrepiente
al ver que su hermano aguza
sus armas para vengarse;
pídele perdon; le escuda
la intercesion de la reina,
y al fin, Ricardo le indulta.
Pretende el Papa mediar
para que cese la lucha
que asola la Normandia,
y es preciso con astucia
inspirarles el rencor;
que la guerra no concluya;
con ella ganamos almas,
y nos conviene.

MINOS. ¡Sin duda!

COJUELO. ¡Encendamos sus pasiones!

PLUTON. ¡Que la guerra los confunda!

ESCENA VI.

DICHOS, LUZBEL.

LUZBEL. ¡Vengo á reclamar justicia!

PLUTON. ¿Justicia pides? Entiendo
que no será contra tí:
todo el mundo hace ya tiempo,
«¡Justicia y no por mi casa!»
exclama en son lastimero.
¡Difícil es alcanzarla;
conseguirla fuera nuevo,
porque anda tan escondida
que pocos la ven el pelo!

LUZBEL. Es preciso que parezca,
pues la reclamo resuelto.
Ya sabes que el encargado
he sido por tu decreto
de quebrantar la virtud
de la princesa que tengo
encantada en un castillo,
porque tú te habias propuesto
proteger al que la usurpa
la posesion de su reino.

PLUTON. Es porque yo de ese modo
tengo á su alma derecho;
mas al par, quise que ella
pecase, para que luego
venga tambien á ocupar
su lugar en el infierno.

LUZBEL. Pues bien, señor; hay un diablo,
y aqui presente lo veo,
que la ha dado un talisman
de tan misterioso efecto,
que al instante me conoce
cuando á ella me presento
sea en la forma que fuere.

MINOS. ¿Es posible?

PLUTON. ¿Será cierto?

LUZBEL. ¡Aun hay mas! ¡Esa mujer
con el talisman, ha hecho
que entre en el castillo un jóven:
es valiente y extranjero;
arrojado como pocos;
tan bizarro como bello!

PLUTON. ¿Qué escucho! Si al subterráneo
llega á bajar indiscreto,
puede hallar el talisman
poderoso, que hace tiempo
se encuentra allí sepultado,
y puede mas que los nuestros.
¡Solo un jóven de esas prendas
ha de lograr poseerlo
segun la tradicion: pronto!
¡hay que impedirlo!

TODOS. ¡Al momento!

PLUTON. ¿Quién es el diablo que osado
oponiéndose á mi empeño
protege á esa doña Elvira?
¿Quién es?
LUZBEL. ¡El diablo Cojuelo!
PLUTON. ¡Tú, miserable!
COJUELO. ¡Yo he sido!
Mas óyeme, que mi intento
fué prestar un gran servicio
con mi lealtad á tu imperio.
Luzbel está enamorado;
y como ese sentimiento
está á los diablos prohibido,
viéndole yo amante ciego
y por tales amores
no hará nada de provecho,
á Elvira me he presentado
como pastor; hace tiempo
que la he dado el talisman
para interesar su pecho:
este talisman, no alcanza
á que ella logre el intento
de salir de ese castillo
donde vive padeciendo,
ni á que pueda recobrar
su belleza; me he propuesto,
libre de pasion mezquina,
hacerla que peque presto,
y traerla á la zahurda.
LUZBEL. Miente, señor, que no es cierto
que yo me haya enamorado;
es falso, y estoy dispuesto
á demostrar mi inocencia.
COJUELO. ¿Diablo inocente?
PLUTON. ¡Silencio!
LUZBEL. ¡Señor! ¡Al oir la calumnia,
ya contenerme no puedo;
debo defender mi honor!
PLUTON. ¡Defender tu honor!... ¡Qué bueno!
¡Pobre honor inofensivo,
que te toman por pretexto
para sus menguados planes

en el mundo y el infierno!

LUZBEL. ¡No ha servido á tus zahurdas
jamás el diablo Cojuelo
ni la legion que le asiste,
como yo siempre lo he hecho!
¡Yo solo me he desvelado
por la gloria de tu reino,
mucho mas que diablos torpes
que en vez de almas, para el fuego
traen carbon!

PLUTON. ¡Calla, menguado!
¡Aqui de carbon no hablemos;
se ha hablado mucho en el mundo
de ese asunto, que es muy negro!

LUZBEL. ¡Y no tiramos la piedra!

COJUELO. ¡No, se la comen!

PLUTON. ¡Silencio!
Nada de carbon ni piedras,
que son artículos feos!
Ahora, lo mas importante
es que no se pierda tiempo,
é impedir que el talisman
llegue á hallar ese mancebo.
¿Entró solo en el castillo?

LUZBEL. Un criado ó escudero
le acompaña.

PLUTON. Tú, Luzbel,
tomarás la forma presto
de una dama jóven, bella:
buscarás á ese extranjero:
harás que te ame; está Elvira
allí por su encantamento
muy vieja y desfigurada;
no ha de cautivar el pecho
de ese jóven arrojado,
y tú puedes atraerlo.
Así ganarás su alma,
y la de ella, Cojuelo:
y que juntas á penar
vengan despues; que Botero
tenga para su caldera
las víctimas que deseo.

Al criado, que le traigan
á estos sitios al momento,
y que en las formas mas bellas
las diablas de mas ingenio
cautiven su corazon;
que aunque será alma de necio,
siempre es alma que se trae
y algo se gana con ello!
Tú, Luzbel, á transformarte
en dama de buen aspecto; (Gritos dentro.)
¿pero qué rumor se escucha?
¡al parecer son lamentos!

PEÑASCO. (Dentro.) ¡Socorro! ¿adónde me lleva.

PLUTON. Pero ya viene el criado.

PEÑASCO. (Dentro.) ¡Voy á morir estrellado!
¿Hay mas desdichas que lluevan
sobre mí? ¡qué atrocidad!
¡Vaya un infernal capricho!
¡No vuela poco este bicho!
¡ay! ¡ay! ¡qué barbaridad!

PLUTON. Que soy servido confieso
con prontitud.

LUZBEL. Maravilla
no es.

PEÑASCO. (Dentro.) ¡Que me hacen tortilla
si me sueltan!

VOZ. (Dentro.) ¡Ahí vá eso!

(Baja un monstruo alado y arroja por la boca á Peñasco; que cae en la escena.)

ESCENA VII.

DICHOS y PEÑASCO.

PEÑASCO. ¡Demonio! ¡vaya una broma!
¡ay! ¡Llego desyencijado!
¡cuánta gente! ¿qué he mirado?
¡si son diablos, tiembło!

COJUELO. (Presentándole un tridente.) ¡Toma!

PEÑASCO. ¿Que me da?

PLUTON. ¿Te maravilla?
supuesto vienes cansado,

para que escuches sentado
te da ese diablo una silla.
(El tridente se transforma en silla.)

PEÑASCO. (Sentándose.) Pero vos teneis corona.
¿Sois rey?

PLUTON. ¡Del infierno, si!

PEÑASCO. ¡Conque en el infierno dí
con mi molida persona!
¡Si parece una patraña!
¿Conque siendo rey y todo,
muy afable y con buen modo
me mandais sentar? Me extraña,
y á la verdad me confundo;
¿quién me dijera algun dia
que mas política habria
entre diablos que en el mundo?
¡Darme una silla... me espanto!
que he visto gobernadores,
alcaldes y regidores,
que no hicieran otro tanto!

PLUTON. Les ciega la vanidad
y les trastorna el baston;
que á la buena educacion
no excluye la autoridad.
¿Tú sabes á qué has venido?

PEÑASCO. Me es imposible saber...
si vine, podeis creer
que á la fuerza me han traido.
¿Es que estoy ya condenado?
si acaso, es una injusticia;
si he pecado, es sin malicia,
¡que de miedo habré pecado!

PLUTON. No es tan aciaga tu suerte;
al mundo te volverás,
y por aqui tornarás
quizá, despues de tu muerte.

PEÑASCO. ¿Despues de mi muerte?

PLUTON. Si.
Si es que no te salvas.

PEÑASCO. ¡Oh!
quisiera no volver...

PLUTON. ¿No?

PEÑASCO. Á parecer por aqui.
Porque mi mente imagina
que aunque una silla me den,
aqui no me irá muy bien;
¡qué me huele á chamusquina!
PLUTON. ¿Tienes un amo?
PEÑASCO. Lo tengo.
PLUTON. ¿Cómo se llama?
PEÑASCO. Gabriel.
PLUTON. ¿Es honrado?
PEÑASCO. Y es muy fiel,
pero mal con él me avengo;
que comete unas locuras
y unos combates emprende,
que me asusta y me sorprende
con sus locas aventuras.
PLUTON. ¿En un castillo se halla?
PENASCO. ¡Justo! con una hechicera,
que cual si fuese de cera
hizo plegar la muralla.
PLUTON. Está bien: pues yo he querido,
Peñasco, que huesped seas
aqui, y el infierno veas;
que para eso te han traido.
PEÑASCO. Gracias mil, señor monarca:
pero es tierra muy caliente,
y yo soy naturalmente
cálido...
PLUTON. Mi imperio abarca
muchos climas, ¡ya verás!
PEÑASCO. De mala gana, á fé mia.
PLUTON. De todo, con alegria,
y ufano disfrutarás!
para tí Pedro Botero
no prepara su caldera.
PEÑASCO. Mas señor, saber quisiera
quien es ese caballero,
porque pienso tomar notas...
PLUTON. ¿No sabes tú?... ¡Qué ignorante!
PEÑASCO. ¡Alto! ¡comprendí al instante!
Botero... es que hace botas.
BOTERO. ¡Eh! Yo soy Pedro Botero,

¡el diablo de la caldera!

PEÑASCO. Pues entonces, ¡mejor fuera
te llamaran calderero!

PLUTON. Ahora, te quedas aqui;
tú sin duda oiste contar
que aqui se viene á penar.

PEÑASCO. ¡Ay! ¡por desgracia, lo oí!

PLUTON. Pues te quedas, y contento
unos meses pasarás;
muy tranquilo gozarás
aqui delicias sin cuento.
(Vánse por la derecha.)

ESCENA VIII.

PEÑASCO, á poco un DIABLO con dos caras.

PEÑASCO. ¡Eh! ¡Señor rey!... se marchó,
y su córte va con él:
¡ay, qué suerte tan cruel,
mi destino me otorgó!
Si yo pudiera escaparme
sin que me vieran... ¡Dios mio!
yo tengo calor... y frio...
Vamos, ¡no acierto á explicarme!
¿Qué delito cometí?
y solo... ¿por dónde voy?
Sin duda que en mí no estoy,
y esto es un sueño... ¡ay de mí!
¡Mas calla!... ¡horrenda vision!
(Sale el Diablo.)

DIABLO. Me mandan para avisarte,
que ahora piensan obsequiarte.

PEÑASCO. ¿Y quién os manda?

DIABLO. Pluton,
nuestro rey: ¿no lo adivina?
Pronto, siguiendo mis huellas,
vendrán aqui las doncellas
de la reina Proserpina.

PEÑASCO. ¡Pues qué! ¿Hay doncellas aqui?

DIABLO. Si tal.

PEÑASCO. ¡Nunca lo creeria!

DIABLO. Pues las hay de gran valia.

PEÑASCO. ¡Veré lo que nunca ví!
DIABLO. Las tratarás con respeto,
y piensa que te conviene,
por la cuenta que te tiene,
ser comedido y discreto.
(Al irse, le ve Peñasco la cara que lleva detras.)

ESCENA IX.

PEÑASCO, á poco las DIABLAS.

PEÑASCO. ¡Mas calle! ¡El ugier se va,
y detras lleva otra cara!
raras cosas segun veo
aqui en el infierno pasan;
aqui gastan caras dobles
los diablos de cierta raza;
pero al menos se les ve,
y en esto no nos engañan:
sabe uno á qué atenerse.
Asi en el mundo no pasa,
que hay muchos que enseñan una
pero tienen muchas caras!
Dijo que vendrán doncellas...
¡bonita será su casta!
¡Voy viendo que en el infierno
se encuentran cosas muy raras!
¡Que pensaban obsequiarme
ha dicho... mas no veo trazas
de que nadie venga aqui!
(Salen las Diablas por distintos lados con trajes ideales y de buen gusto, pues han de parecerle bellas.)
TODAS. ¡Aqui nos tienes! (Rodeándole.)
PEÑASCO. ¡Caramba!
¿Pero de dónde ha salido
este batallon de diablas?
DIAB. 1.ª ¡Nuestro rey, nos ha mandado
á obsequiarte!
PEÑASCO. ¡Vaya en gracia!
¡ay qué diablas tan bonitas!
qué cuerpecitos... ¡qué caras!

¿Y cómo me obsequiareis?
DIAB. 2.ª Como quieras...
PEÑASCO. ¡Cómo .. vaya!...
¡Esto es una tentacion!...
¡no olvidemos que son diablas!...
¡Bien, que aqui como en el mundo,
ellas son diablos con faldas!
DIAB. 1.ª ¡Te vamos á festejar
al punto con una danza!
PEÑASCO. ¿Si? Pues ocupo la silla
que me dió vuestro monarca,
y mientras que yo descanso
vosotras, danzad, muchachas!
(Se sienta en un lado, poniendo la silla cerca del bastidor para que puedan entrarla á la mutacion. Bailete fantástico.)
PEÑASCO. ¡Bravo chicas!
DIAB. 1.ª ¿Te ha gustado?
PEÑASCO. ¡Lo bailais con suma gracia!
(¡Me va gustando el infierno!)
¡Son tan bonitas las diablas!...
DIAB. 1.ª Pues queremos obsequiarte,
¿qué apeteces?
PEÑASCO. Deseara
comer alguna cosilla,
porque, chicas, tengo ganas:
pero no mucho; ¿entendeis?
á mí con poco me basta:
algun pavillo relleno
y alguna botella rancia.
(Sube un velador con un pavo en una fuente: una redoma con vino, tenedor y cuchillo.)
DIAB. 1.ª Ya lo tienes.
PEÑASCO. ¡Es verdad!
y tiene muy buena cara:
¡está gordito! Y vosotras,
¿tomareis una tajada?
DIAB. 2.ª No comemos.
PEÑASCO. ¿No comeis?
¡Camaleones con faldas!
Pues trincho mi pajarito,
porque á mí nadie me manda...

(Al irlo á trinchar se convierte en una calavera de burro.)
¡Canastos! ¡vaya una broma!
(Se rien las Diablas.)
¡Se rien! ¡Si es una gracia!
¡De los tormentos del hombre
se burlan siempre las faldas!

DIAB. 1.ª Aqui no se come.

PEÑASCO. ¿No?

DIAB. 2.ª Solo se bebe.

PEÑASCO. Pues vaya,
á la redoma me atengo;
no quedará desairada.
(Va á coger la redoma y brota de ella una fuente de fuego, que cae formando una media naranja y girando el velador. Peñasco queda envuelto en el fuego, muy apurado, sin poder salir.)
¡Demonio! ¿qué grados tiene
esta bebida endiablada
que fermenta de este modo?
¡Que me quemo! ¿quién me saca?
Si es vino de los demonios,
¿qué puede ser sino brasas?
(Se rien las Diablas.)
¡Ay! ¡Sacadme, que me quemo!
que quiero salir... ¡caramba! (Cesa el fuego.)
¿Se obsequia á los convidados
de este modo en esta casa?

DIAB. 2.ª ¡No tal! te divertiremos:
esto fué broma.

PEÑASCO. ¡Y pesada!

DIAB. 2.ª Te indemnizaremos pronto.

DIAB. 1.ª Ahora no quiero que vayas
con nadie, sino conmigo!
(Cogiéndole de un brazo.)

PEÑASCO. ¡Y es muy bonita esta diabla!

DIAB. 2.ª ¡No tal, conmigo se viene!
(Cogiéndole del otro.)

UNAS. ¡Conmigo! (Id.)

OTRAS. ¡Conmigo! (Id.)

PEÑASCO. ¡Basta!
¡Teneos! que si tirais

todas de mí con tal rabia,
me vais á descuadernar.
DIAB. 1.ª Á divertirlo me mandan!
DIAB. 2.ª ¡Y á mí tambien!
TODAS. ¡Como á todas!
PEÑASCO. ¡Pues es diversion sobrada!
¡Soltadme! Que una paliza
con sus tirones me encajan,
y es diversion por mi vida
que no me divierte nada!
DIAB. 1.ª ¡No le suelto!
DIAB. 2.ª ¡Yo tampoco!
UNAS. ¡Ni yo!
OTRAS. ¡Ni yo!
PEÑASCO. ¡Condenadas!
¡Me vais á descuartizar!
¿Á divertirme no os mandan?
TODAS. ¡Si, si!
PEÑASCO. ¡Corriente! ¡Atended!
¡todas juntas, es bobada!...
¡Una á una divertidme,
será diversion mas larga!
DIAB. 1.ª ¡No le suelto!
DIAB. 2.ª ¡Yo tampoco!
TODAS. ¡Ni yo, ni yo!
DIAB. 1.ª ¡Noramala
para ellas!
DIAB. 2.ª ¡Pues será mio!
UNAS. ¡Mio!
OTRAS. ¿Mio!
TODAS. ¡Mio!
PEÑASCO. ¡Canallas!
¡Mio! ¡Mio! Estas doncellas
se parecen á las gatas!
¡Me escurro!
(Se zafa de ellas y echa á correr.)
DIAB. 1.ª ¡Vamos tras él!
UNAS. ¡Qué se escapa!
OTRAS. ¡Qué se escapa!
(Mutacion: gran salon del castillo; dos anchos pedestales en los primeros términos, con trofeos de armas, separados de los bastidores, hácia el centro

de la escena: entre estos y los bastidores, do grandes sillones góticos: al foro, otro gran trofeo en un pedestal muy ancho y alto.)

ESCENA X.

GABRIEL y ELVIRA.

GABRIEL. Pero quisiera saber...
ELVIRA. Si eres bravo y caballero,
al salvar á una mujer
no debes el riesgo ver,
si es que quieres...
GABRIEL. ¡Que si quiero!
ELVIRA. Aunque tengo un talisman
cuyo efecto te ha asombrado,
me acosa terrible afan:
mis males no cesarán,
¡si no eres determinado!
GABRIEL. Señora, maga, ¡ó mujer!
que es tal mi confusion hoy,
que ni acierto á comprender
la realidad de tu ser,
¡ni sé si despierto estoy!
Sabe, pues, que yo he nacido
bajo el mas brillante sol;
en el suelo mas florido
de verdes galas vestido,
¡y ese es el suelo español!
Los hijos de aquella tierra
al necio temor ajenos,
son valientes en la guerra;
¡y por el llano y la sierra
siempre se portan cual buenos!
Yo nací de condicion
arrojada; impetuosa;
aqui late un corazon
que nunca encontró razon,
para temer poderosa.
Ya me has visto combatir
con muchos, determinado
en el combate á morir:

que prefiero sucumbir
á demostrarme humillado!
Mas con todo este valor
temo, y temer no quisiera;
no es el peligro en rigor;
pero me causan pavor
tus prodigios de hechicera!
Tú, sin duda extrañarás
que te lo confiese asi;
pero me sorprenden mas,
porque en el mundo, jamás
que hubiese mágia creí!

ELVIRA. Si es que estás arrepentido;
si te ha de faltar valor;
si no arrostras atrevido
esta empresa decidido,
puedes irte.

GABRIEL. Tengo honor,
que lo acredita mi fama,
y no he de marchar de aqui!
ya mi amor propio se inflama!
para servir á una dama,
yo, jamás cobarde fuí!
Toda empresa temeraria,
con gozo arrostré: la suerte
aunque es inconstante y varia,
nunca me ha sido contraria:
mi temor no es por la muerte!

ELVIRA. ¡Te comprendo! ¡Tú sin duda
temes destino fatal!
recelas de darme ayuda,
porque el poder que me escuda
algo tiene de infernal!
¿ s eso?

GABRIEL. ¡Bien puede ser!

ELVIRA. No servirás al averno:
servirás á una mujer,
que se ha propuesto vencer
todo el poder del infierno!

GABRIEL. ¡No te entiendo!

ELVIRA. Entenderás,
cuando te lo explique.

GABRIEL. ¡Dí!
ELVIRA. Todo el misterio sabrás:
por tí mismo lo verás:
aguarda un instante aqui.

ESCENA XI.

GABRIEL, á poco LUZBEL en traje de mujer.

GABRIEL. Si esto es sueño que atormenta
mi razon... ¡Dios poderoso!
dispiértame! tengo miedo!
Miedo yo! ¡no! me sonrojo
de pensarlo, de decirlo...
yo me burlé de los tontos
que temblaban de las brujas,
y yo débil como todos,
siento que late en mi pecho
hoy mi corazon medroso!
Si al menos, esa hechicera
tuviese mejores ojos,
otro talle... otra figura...
el amor nos vuelve locos
y nos inspira osadia...
pero la miro... y me asombro!
(Aparece Luzbel en uno de los sillones.)
¿Qué es esto? ¿Por dónde
llegó tal belleza?
¿De dónde ha salido?
LUZBEL. ¿La duda te altera?
Yo soy una dama...
GABRIEL. ¡Es cierto, y muy bella!
LUZBEL. ¡No busco lisonjas!
GABRIEL. La naturaleza
al Creador del mundo
que asi la sustenta,
lisonjear quiso
con su hechura mesma,
formando á ese objeto
tu cara hechicera.
LUZBEL. No me hables de hechizos,

que bien se demuestra
que en este castillo
por uno te encuentras.

GABRIEL. Es cierto.

LUZBEL. ¿Y te asusta?

GABRIEL. ¡Oh! jamás temiera
peligros sin cuento
si por tu belleza...

LUZBEL. Yo no doy peligros
para que me teman.
Valiente te ha visto
la odiosa hechicera
que en este castillo
domina cual dueña,
y quiere tus brios
poner á la prueba,
do quizá te aguarda
la muerte sangrienta.
Yo aqui soy cautiva:
¡me esclaviza ella!
Te he visto gallardo;
me ha causado pena
el que asi te expongas
en maldita empresa.
Yo quiero salvarte;
quiero con presteza
que á unos subterráneos,
si es que no te aterra
su aspecto sombrio,
bajes.

GABRIEL. ¡Habla, ordena;
yo me atrevo á todo!
Si vives opresa,
sacarte prometo.

LUZBEL. ¡Á mucho te arriesgas!

GABRIEL. ¡Tu acento; tu rostro,
mi ser encadena!

LUZBEL. ¿Por qué?

GABRIEL. ¡Por hermosa!

LUZBEL. ¿Te agrado?

GABRIEL. ¡Por fuerza!
¿Quién, di, te mirara

sin que no sintiera
el fuego que siento
correr por mis venas?
¡Mándame! ¡Soy tuyo!

LUZBEL. ¿Servirme deseas?
¡Pues ven á este lado,
si emprender intentas
la mayor hazaña!

GABRIEL. ¡Iré donde quieras!

(Pasan por detrás del trofeo del foro, quedándose allí la actriz y saliendo instantáneamente por el otro lado con Gabriel una contrafigura tan exactamente igual, que el público no se aperciba del cambio: quedan ella y Gabriel entre el trofeo, y los bastidores figurando que hablan, de espaldas al público.)

ESCENA XII.

DICHOS y ELVIRA.

ELVIRA. ¡Qué miro! ¡Aqui una mujer!
Mas ¿cómo ha podido entrar?
¡Soy perdida si consigue
á Gabriel enamorar!
¡Estoy confusa! ¿Qué es esto?
Esta mujer... ¿cómo está
en este castillo? ¡Al punto!
¡aqui de mi talisman!
¡Trague la tierra á la osada
que por su suerte fatal,
á este recinto de horror
ha logrado penetrar!

(Desaparece por escotillon la contrafigura: todo se transforma en un jardin pintoresco: los pedestales con los trofeos en fuentes: los sillones góticos desaparecen.)

GABRIEL. ¿Qué es esto? ¡Dios! ¡La hechicera!

ELVIRA. ¡Si, yo soy! Tu necedad,
¿ha pensado que en mi casa
pudiera yo tolerar
que cuando aqui has penetrado

para servirme no mas,
te entregues á otra mujer?
En este castillo habrá
una dama sola. ¡Yo!

(Trasformacion general: la fuente del fondo, en un carro tirado por cuatro caballos fantásticos, en el que aparece Luzbel, de mujer: las fuentes desaparecen: quedan columnas formadas por serpientes y giratorias: todo el teatro quedará formando un templo de serpientes y pabellones de gasas.)

LUZBEL. ¡Mientes, que te venzo!
ELVIRA. (Hundiéndose por escotillon.) (¡Ah!
¡Luzbel!)
GABRIEL. ¡Estoy asombrado!
LUZBEL. ¡Pues doble te has de asombrar
como tengas corazon
y constancia hasta el final!
¡Aqui una terrible lucha
hora á comenzarse va,
y cuanto la maga hiciere,
mi poder lo deshará!
GABRIEL. ¡Estoy soñando sin duda!
¡Esto, no, no es realidad!
Tú, ¿quién eres?
LUZBEL. ¡Soy tu genio
protector! No dudes mas,
que gozarás á mi lado
amor y felicidad!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Campamento de Ricardo Corazon de Leon á todo foro; tienda de campaña grande en primer término, con las armas de Ricardo I de Inglaterra; varias tiendas de jefes en los primeros términos, y multitud de tiendas que van en disminucion: máquinas de guerra y utensilios de id.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO, BLONDEL, muchos guerreros, y un LEGADO del Papa en traje de camino con su escolta, delante de la tienda de Ricardo.

RICARDO. Estoy dispuesto á escucharos;
decid, pues, vuestra demanda.
LEGADO. Á nombre de Celestino
tercero, que por la gracia
de Dios es Sumo Pontífice,
hoy, señor, mi lengua os habla.
RICARDO. Ya sé que sois su legado;
hablad pronto.
LEGADO. Pues os manda
que ceseis en esta guerra
tan feroz y encarnizada,
y que un arreglo amistoso

evite nuevas desgracias.

RICARDO. Por intriga de Felipe,
se prolongó en Alemania
mi cautiverio; entre tanto
se apoderó con las armas
de pueblos que fueron mios;
y hoy que puedo con mi espada
recobrar lo que me toca
y tomar justa venganza,
no acepto negociaciones;
y podeis decir al Papa,
que bien pudo interponer
su autoridad soberana,
para impedir el desman
que en mi ausencia se causaba.
Por tanto, estoy decidido:
esta es mi respuesta, ¡y basta!

LEGADO. Reparad...

RIGARDO. ¡Nada reparo!

LEGADO. Está bien; iré á llevársela.
Pero traigo otra mision
de Su Santidad: se halla
prisionero en vuestras manos,
segun es pública fama,
el obispo de Bauvais.

RICARDO. Volvió contra mí sus armas.

LEGADO. Su Santidad, por mi voz
al prisionero os reclama:
dice que hijo de su iglesia,
no ha de tolerar la infamia
de ser preso y maltratado.

RICARDO. (Á Blondel.) Traed la cota acerada
que vestia el buen obispo
al presentar la batalla!
(Entra Blondel en la tienda de Ricardo.)
El que tengo prisionero
es hombre que blande espada,
y al usurpador defiende
en contra de su monarca.
(Sale Blondel con la cota en una bandeja.)
Ahí está su cota: ¡vedla!
está con sangre manchada:

con sangre que él derramó
con la punta de su lanza.
Llevad al Papa esa cota:
¡id! que examine esas manchas,
y reconozca si es traje
del hijo que me reclama!

LEGADO. ¿No me dais otra respuesta?

RICARDO. Tomad la cota, ¡y llevadla!

LEGADO. (Tomando la cota, y dándola á uno de su comitiva.)
Que Dios guarde vuestra vida.

RICARDO. Él os conserve en su gracia.

ESCENA II.

DICHOS, menos el LEGADO y su séquito.

RICARDO. Blondel, ¡que se den las órdenes
para ponernos en marcha!
levántese al punto el campo.
(Blondel da la órden á un oficial que se va.)
Felipe Augusto se halla
en el castillo de Nesler,
y dicen que le acompaña...

BLOND. ¿Quién?

RICARDO. Oscar de Romelia.
El bravo que en las cruzadas
de Palestina, se hizo
célebre por sus hazañas.
Que venga Lionel.

BLOND. Señor,
sabed que del campo falta
con algunos de los suyos
desde ayer. En la batalla
le vimos salir ileso:
mas luego en la retirada
animado con el triunfo,
siguió con sed de venganza
al valiente aventurero
español, á quien la fama
elogia por su valor
y su indomable arrogancia;

segun ha dicho un soldado!
el español que luchaba
(Se vé en todo el campo levantar las tiendas y formarse las tropas.)
sin tener de salvacion
la mas remota esperanza,
se refugió en un castillo
en la próxima montaña,
y el caballero Lionel
con los suyos no se halla;
se teme que prisioneros
en ese castillo...

RICARDO. ¡Basta!
¿Quién le defiende?

BLOND. Se ignora.

RICARDO. Dile á Clarenzal que vaya
con las fuerzas suficientes
para asaltar sus murallas;
su guarnicion á cuchillo
se pase; y aun si le agrada,
que ponga al castillo fuego
y torne á Nesler mañana.

BLOND. Comunicaré las órdenes.

RICARDO. ¡Levántese el campo! ¡En marcha!
(Toca una banda militar una marcha guerrera y van desfilando las tropas: primero un tercio con lanzas: despues otro de ballesteros: luego otro de maceros: luego otro con partesanas: todos los tercios llevarán su bandera: detras irán los carros de bagajes y máquinas de guerra, como el ariete y la catapulta.

ESCENA III.

Mutacion. Caverna corta del infierno, á gusto del pintor.

PEÑASCO, la DIABLA 1ª. con cuernos de oro.

DIABLA. Ya solos estamos;
pues yo con cautela,
burlar he podido
á mis compañeras.

PEÑASCO. ¡Cómo! ¿á tantas diablas
burlaste?
DIABLA. ¿Te pesa?
PEÑASCO. No tal; me sorprende,
y hablarte me aterra;
que eres segun eso,
mas diabla que ellas.
DIABLA. ¡No seas necio!
PEÑASCO. ¡Gracias!
DIABLA. Solo fuí discreta.
Yo necesitaba
por poder vencerlas,
hechizo mas grande
que mi afan defienda.
Pluton, nuestro dueño,
junto al trono encierra
muchos talismanes
de virtud inmensa.
Argos se los guarda.
PEÑASCO. ¡Escúchame, prenda!
¿Quién es ese Argos?
bueno es que lo sepa.
DIABLA. Un ser mitológico...
PEÑASCO. ¿Mito... que?...
DIABLA. Que vela,
pues tiene cien ojos.
PEÑASCO. ¡Bonita cosecha!
¡si con todos llora,
chica, nos anega!
DIABLA. Pues yo cautelosa
emprendí la empresa
de burlarle osada;
y sin que lo viera...
PEÑASCO. Si á ese con cien ojos
burló tu destreza,
¿qué harias casada,
con quien dos tuviera?
DIABLA. Siempre son los Argos
burlados por hembras.
PEÑASCO. ¿Cómo le cegaste?
DIABLA. Mirándole tierna;
mostrándome hermosa,

que amor encadena,
y Argos seducido,
cegó...

PEÑASCO. ¿Quién creyera...
mas aqui sucede
igual que en la tierra!
¡El juez; el letrado;
el rey; el poeta;
el fuerte guerrero
y el fiel centinela,
al ver los encantos
de alguna belleza,
la justicia tuercen;
cantan mil simplezas;
ablandan sus brios,
y callan y ciegan!
Es verdad patente
que el refran demuestra;
mas tiran...

DIABLA. ¡Al caso!
De un talisman dueña,
yo puedo sacarte
sin que Pluton quiera
del infierno.

PEÑASCO. ¡Al punto!
¡Mi alma lo desea;
todo á chamusquina
por aqui mé apesta!

DIABLA. Mas yo iré contigo.

PEÑASCO. ¿Conmigo?

DIABLA. ¿Te aterra?

PEÑASCO. ¿Qué interés te impulsa?...

DIABLA. Justo es que lo sepas.
Luzbel por orgullo;
por loca soberbia,
cayó de la gracia.
¡Justa recompensa!
Mas nosotras, tristes,
que nuestra existencia
la debemos solo
á locos poetas,
ya que nos crearon

en medio de penas,
¿por qué han de impedirnos
el sentir?

PEÑASCO. No fuera...

DIABLA. El amor que cantan
á nosotras llega;
ese niño ciego
que tirando flechas,
á ángeles y diablos
los transforma y trueca.
Tú el único hombre
que vivo aqui entra...

PEÑASCO. (Y no haber entrado
mucho mas valiera...)

DIABLA. ¡Cautivas mi pecho!
La amorosa hoguera,
ya siento me abrasa.

PEÑASCO. ¡Pues chica, agua en ella!

DIABLA. ¡Amor infinito!
¡te adoro!

PEÑASCO. ¿Si? (¡Aprieta!
hé aqui una conquista
que muchos quisieran!)

DIABLA. ¡Ámame, Peñasco!
¡al mando me lleva;
allí gozaremos
dichosa existencia!

PEÑASCO. ¡Arre allá! mas tarde
querrá en su caldera
el señor Botero
freirme.

DIABLA. ¡No temas!
Si porque soy diabla...

PEÑASCO. ¿Me asustas? ¡Por fuerza!

DIABLA. Dime: ¿no te gustan
las mujeres bellas?

PEÑASCO. ¿Si me gustan? ¡Mucho!
¡Mas tú... no me pierdas,
que eres del infierno!
que tu amor condena!

DIABLA. Pero necio dime:
¿tú no consideras

que mujer y diabla
es la cosa mesma?

PEÑASCO. ¡Casi me convences;
que si bien se piensa,
para ser dèmonio,
basta con ser hembra!

DIABLA. Siempre las mujeres
al hombre condenan;
repasa la historia
que principia en Eva.
Yo puedo enseñarte
mil cosas diversas,
que luego en el mundo
dirijan tus huellas,
que por ignorancia
hay muchos que pecan.

PEÑASCO. ¿Y qué has de enseñarme?

DIABLA. ¡Si haces la promesa
de amarme cual quiero,
porque mucho sepas
verás los suplicios
que el infierno encierra;
verás los pecados
que aqui se condenan:
despues en el mundo
que ya nos espera,
gocemos felices
caricias eternas!

PEÑASCO. Mas con esos cuernos...

DIABLA. Son de oro.

PEÑASCO. ¡Aunque sean!
El honor...

DIABLA. Si estriva
en que no se vean,
vivirás con honra:
por eso no temas.
Á mas, tu estás libre;
soy yo quien los lleva.
Y si tú me quieres ..

PEÑASCO. Antes tu promesa
de enseñarme cosas...

DIABLA. ¡Mira que te empeñas

y me perteneces,
si á mirar empiezas!

PEÑASCO. ¿Y saldré yo libre
del infierno?

DIABLA. Es fuerza,
pues quiero contigo
vivir en la tierra.

PEÑASCO. ¿Y ese talisman
de virtud inmensa
podrás emplearlo
cuando allá te veas
en pró de mi amo?

DIABLA. Si tal; como quieras.

PEÑASCO. (Si yo vuelvo al mundo
amar será fuerza,
y mujer y diabla
es la cosa mesma.
¡Qué diantre! ¡apechugo!
que si bien se piensa,
para ser demonio
basta con ser hembra!)
Yo tu amor acepto;
mas antes, me enseñas
para que en el mundo
á vivir aprenda,
y luego á mi muerte
por aqui no vuelva!

DIABLA. ¡Peñasco! ¡Mi dueño!

PEÑASCO. (¡Ya llueven ternezas!)

DIABLA. ¡Oh! Dame un abrazo.

PEÑASCO. ¡Bien! Tómalo á cuenta. (Se abrazan.)

DIABLA. ¡Qué dicha tan grande!

PEÑASCO. (Sus cuernos me hielan,
que el amor me asusta
cuando hay cornamenta!)

DIABLA. Cumplo mi palabra;
con que á ver empieza!

(Se abren tres bocas en el fondo; por las que se verán tres zahurdas: de estas sale una claridad rojiza, que contrastará con la oscuridad del telon: cada boca, tendrá un ferillo de llamas: en la de la izquierda, habrá un grupo de condenados llorando

varios diablos de tiempo en tiempo los atormentan con los tridentes. *Son los descuidados.* En el de la derecha estarán los *Valientes:* estos, desesperados, quieren lanzarse á coger espadas desnudas que estarán en el aire, y los diablos con los tridentes se lo impiden: en el centro, hay un grupo formado por los personajes siguientes: *Un juez,* lavándose las manos: *Una dama,* llorando: *Un caballero,* cargado de talegas: *Un hombre* vestido de negro, tirándose de los cabellos. *Un hombre* á quien un diablo pincha con el tridente de continuo. Este grupo estará bajo una cuerda que tienen en alto dos diablos de uno al otro lado, agarrada por las puntas.)

PEÑASGO. ¡Calle! ¡Cuántos condenados!
¡qué grupos tan diferentes!
DIABLA. Aquellos que estan allá...
(Los de la izquierda.)
PEÑASCO. Mucho al parecer padecen.
¿Quiénes son?
DIABLA. Los descuidados.
PEÑASCO. ¿Y por tal delito vienen?
DIABLA. Ellos buscan su disculpa
pero es vano que la aleguen.
PEÑASCO. Y dime: ¿qué es lo que alegan?
DIABLA. Que murieron de repente,
y asi no tuvieron tiempo
de arrepentirse.
PEÑASCO. ¿Y no tienen
razon? Les ha sorprendido
sin esperarla la muerte...
DIABLA. Ninguno puede decir
que se ha muerto de repente.
¿No sabe el hombre al nacer
que su fin ha de ser ese?
Cada momento que pasa,
es un momento que pierde
de existencia. ¿No vé entierros?
¿No mira que diariamente
sucumbiendo sus amigos
van á la fosa á esconderse?
¿El mismo sueño diario

no les recuerda la muerte?
Pues si todo allá en el mundo
en morir le hace que piense,
¿cómo puede alegar nadie
que se ha muerto de repente?
Se mueren, de descuidados;
que el hombre viva bien siempre;
que siempre se halle dispuesto
para el momento solemne,
y no le sorprenderá
tan de improviso la muerte.

PEÑASCO. Has hablado como un libro;
tus razones me convencen.
(Se cierra la izquierda.)

DIABLA. Pues ahora, mira á aquel lado.
(Por la derecha.)
aquellos son los valientes.

PEÑASCO. ¿Los valientes se condenan
tambien?

DIABLA. Si; pues casi siempre
es su orgullo, su amor propio,
lo que á reñir les impele.

PEÑASCO. Digo, si hacia yo bien
en ser cobarde.

DIABLA. Tú eres...

PEÑASCO. ¡Si, hija! ¡yo presumia
que es pecado ser valiente!

DIABLA. La principal valentia
y la que premio merece,
no es la del que vence á otro;
es la de aquel que prudente,
dominando sus pasiones
con abnegacion se vence!
(Se cierra la derecha.)

PEÑASCO. ¿Sabes que mas bien que diabla
un predicador pareces?

DIABLA. Yo te he ofrecido enseñarte,
para que luego no peques.

PEÑASCO. Y dime: ¿qué significan
aquel peloton de gente
y aquellos diablos tan feos
que encima una cuerda tienen?

DIABLA. Esos son los que en el mundo
pasaban por inocentes,
y que por bajo de cuerda
pecaban.
PEÑASCO. ¡Quién lo creyese!
DIABLA. Aquel era un juez muy recto;
pero al mediar intereses,
siempre por bajo de cuerda
supo quebrantar las leyes.
PEÑASCO. ¡Cómo se lava las manos!
¡Ya comprendo! Muchas veces
se las untaron, y ahora
tenerlas sucias no quiere.
DIABLA. Aquella, una virtuosa,
vivió recatada siempre,
muy halagada del mundo;
modelo de las mujeres!
Pero por bajo de cuerda
escuchó á sus pretendientes.
PEÑASCO. ¡Cuántas veremos de estas
por el mundo!
DIABLA. ¡Muchas vienen!
Aquel otro es caballero
caritativo y clemente,
y que por bajo de cuerda
sin que nadie lo supiese,
con la sangre de los pobres
aumentó sus intereses.
PEÑASCO. Ese será un usurero.
DIABLA. Es verdad.
PEÑASCO. ¡Bonita gente!
Yo sé quien con ellos sueña
y pesadillas padece:
esas lechuzas humanas,
ni fé ni conciencia tienen.
DIABLA. Aquel otro es un marido
tierno, dócil y prudente;
en público, enamorado
de su mujer; muy alegre
la prodigaba caricias
y la colmaba de bienes;
pero por bajo de cuerda

la mató en muy pocos meses.
PEÑASCO. ¡Cáspita con sus caricias!
voy viendo que hay mucha gente
que á la sombra de la cuerda
grandes pecados comete.
DIABLA. ¿Ves aquel que está de negro?
PEÑASCO. Y que muy triste parece.
DIABLA. Era médico en el mundo;
y con palabras corteses
siempre esquivaba la paga,
pero la tomaba siempre;
y por debajo de cuerda
hacia sufrir al paciente,
la enfermedad alargando
porque visitas hubiese.
PEÑASCO. ¡Pues vaya una cuerdecita!
Digo que fuera excelente
en ese mundo dichoso
donde hay hombres y mujeres,
poder ver por bajo cuerda
lo que á su sombra sucede!
(Se cierra el centro.)
DIABLA. Ahora vamos á otra parte
que examinar te conviene.
PEÑASCO. ¿Y habrá tambien condenados?
DIABLA. ¡Muchísimos!
PEÑASCO. Me parece
que sastres y taberneros
mandarines y corchetes,
rodrigones y lacayos,
y las chismosas mujeres,
y los soplones de oficio
que los gobiernos mantienen,
y otros muchos que no veo...
DIABLA. En zahurdas diferentes
se encuentran: sígueme.
PEÑASCO. ¡Vamos!
DIABLA. Todo lo veras.
PEÑASCO. ¡Corriente!

Mutacion: la decoracion primera del primer acto; con castillo, torreones, estátuas, foso y peñascos.

ESCENA IV.

LUZBEL de mujer y GABRIEL saliendo del castillo: cuando bajan, sube el puente levadizo.

LUZBEL. Ya dejamos la mansion
sombria, lúgubre y fiera
de la maldita hechicera:
¡ensancha tu corazon!
GABRIEL. Tales cosas han pasado
desde ayer, que ya aturdido
no recuerdo lo que he sido!
he dormido, y he soñado!
Y lo mas particular
es que discurro y que veo;
hablo y escucho, y aun creo
no acabé de despertar.
Yo que el mundo recorrí
sin causarme nada espanto,
de bruja, duende ó encanto
con frecuencia me reí.
Y me dice el corazon
que ó lo que ví no es verdad,
ó que duermo en realidad...
ó qué perdí la razon!
LUZBEL. Ni la razon has perdido,
ni tu mente embarga el sueño:
de tu raciocinio dueño
solo ves lo sucedido.
Aqui habita una hechicera
con intencion despravada,
que me ha tenido encantada
mucho tiempo y prisionera!
GABRIEL. ¿Cómo asi ha podido ser,
cuando burlando su afan
tú tienes un talisman
que supera su poder?
LUZBEL. Este talisman precioso
que allí se hallaba encerrado,
por tu llegada le he hallado
para cobrar mi reposo.

La hechicera no sabia
que al entrar aqui un guerrero;
un gallardo aventurero,
sola yo lo encontraria.

GABRIEL. ¿Y por qué al hacerme entrar,
si me es la memoria fiel,
me dijo... «¡Entra! ¿Con Luzbel
es con quien vas á luchar?»
¿Cómo el talisman nombró,
exigiéndome promesa
de que arrostrara la empresa
de entrar á buscarlo yo?

LUZBEL. Ese fué su error insano;
ni estaba donde creia,
ni al hacerte entrar, sabia
que iba á venir á mi mano.

GABRIEL. ¿Será cierto que Luzbel
ahí la tiene aprisionada?

LUZBEL. Ella me tuvo encantada;
ella es el diablo, Gabriel.
¡Marchar al punto debí
sin volver la vista atrás!
pero Gabriel... ¿lo creerás?
no pude, porque te ví!
Yo, princesa destronada
por satánico poder,
recobro mi forma y ser
para amarte enamorada.

GABRIEL. ¿Tú amarme?

LUZBEL. ¡Con desvario!
Como ama la mariposa
á la luz esplendorosa;
como la flor al rocio!
¡Pasion en horas nacida!
pero mi pecho la siente
tan inmensa! tan vehemente,
que es mi muerte, ó es mi vida!
Espero con ansiedad
de tus labios mi sentencia;
de tí aguarda mi existencia
la mayor felicidad;
y si por desgracia mia

no me amaras cual te amo,
este fuego en que me inflamo
sin piedad me mataria!
Si no pagas mi pasion;
si mi amor te causa enojo,
este talisman arrojo
y me vuelvo á mi prision!

GABRIEL. ¡No! beldad encantadora;
no pises mas el rastrillo
de ese funesto castillo,
que mi corazon te adora!
Al punto huyamos de aqui;
no quiero estos sitios ver:
¿qué mas puedo apetecer
si has puesto tu amor en mí?
Si no es que me ofusca un sueño;
si está firme mi cabeza,
soy feliz, pues tal belleza
me recibe por su dueño!

LUZBEL. ¡Mi bien!

GABRIEL. ¡Mi ilusion querida!
Te doy desde este momento
mi corazon y mi aliento,
y con mi aliento mi vida!

LUZBEL. Entonces, partamos ya!
vamos á mi córte ahora,
que por su reina y señora
mi pueblo me aceptará.

GABRIEL. Pero me acosa un cuidado.

LUZBEL. ¿Cuidado estando conmigo?

GABRIEL. Quisiera ver si consigo
libertar á mi criado.

LUZBEL. ¿Cómo?

GABRIEL. En el castillo entró,
no debo marchar sin él.

LUZBEL. No temas nada, Gabriel;
allí no está; ya salió.

GABRIEL. ¿Que salió?

LUZBEL. Yo le he salvado;
á mis estados ha ido,
donde ya por mí advertido
mi llegada habrá anunciado.

GABRIEL. ¿Tan pronto?
LUZBEL. Como tú irás
á mi reino sin demora;
no temas por él ahora,
porque allí le encontrarás.
GABRIEL. Mi corazon se alboroza...
LUZBEL. Calla, y al punto marchemos;
en mis reinos entraremos
al instante. ¡Mi carroza!
(Á la voz de Luzbel, se transforma un peñasco del primer término en una carroza tirada por un monstruo.)
GABRIEL. ¡Oh! Me asombro sin querer
de ese poder sobrehumano!
LUZBEL. Ven, Gabriel, dame tu mano.
(Subiendo con él á la carroza.)
Será tuyo este poder.
(La carroza parte con velocidad.)

ESCENA V.

COJUELO.

¡Luzbel con el extranjero
va fiado en su victoria;
pero que triunfe no quiero!
en nuestro combate fiero,
no será suya la gloria!
¡Legiones que por el viento
obedeceis la voz mia!
(Se llena el aire de endriagos con alas y visiones infernales: salen por distintos lados.)
¡Vencer á Luzbel intento;
secundad mi pensamiento!
id á turbar su alegria!
¡Id!... Castigad la ambicion
del altanero Luzbel.
¡Id!... ¡Volad sin dilacion!
que hasta el trono de Pluton
nunca llegue con Gabriel!
(Vuelan agitando las alas las visiones y endriagos y se van por donde se marchó Luzbel.)
¡Legiones que por la tierra

á mis órdenes andais,
y cuyo poder aterra
al mundo que tiene en guerra!
¡Responded! ¿Adónde estais?
(Salen todos los diablos que puedan por distintos lados.)

TODOS. ¡Á tus órdenes!

COJUELO. ¡Corriente!
¡Venid que mi enojo estalla!
(Todos se le acercan.)

UNO. ¿Contra Luzbel?

COJUELO. ¡Justamente!
¡Destruyamos cuanto intente,
que va á empezar la batalla!

UNO. (Con extrañeza.) ¿Batalla de diablos?

COJUELO. ¡Si!
Si el mundo es cambate eterno
en el que siempre influí,
¿como quieres, necio, dí,
que haya paz en el infierno?
Luzbel logra la privanza
de nuestro dueño Pluton,
si lo que proyecta alcanza;
yo mataré su esperanza
destruyendo su ambicion!
(Mira á la izquierda.)
¡Aqui vienen los guerreros
que el fuerte Ricardo envia,
que intentan asaltar fieros
ese castillo!... ¡altaneros;
será vana su porfia!
¡Vosotros, contra Luzbel;
yo soy necesario aqui:
id, y quitadle á Gabriel!
(Se van los diablos.)
¡Y yo á mi promesa fiel,
al castillo, por allí!
(Baja el puente levadizo, y Cojuelo entra por él en el castillo.)

ESCENA VI.

BLONDEL, CLARENZAL y guerreros con escaleras altas, para asaltar el castillo.

CLAR. Conque es el castillo...
BLOND. Aquel.
CLAR. Nadie se vé en la muralla.
BLOND. Nadie.
CLAR. Llamad.
(A uno que toca una corneta. Pausa.)
BLOND. ¡No contestan!
CLAR. No sabemos quien lo guarda.
¡Há del castillo! (Pausa.)
BLOND. ¿No hay nadie
dentro?
CLAR. Sin duda se callan,
y á resistir el asalto
en silencio se preparan.
BLOND. Pues á no perder el tiempo;
vengan pronto las escalas,
y por esos torreones
subid todos sin tardanza,
preparados á la lucha
en las manos las espadas;
quizá se encuentra Lionel
tras de esas fuertes murallas
con los suyos prisionero.
TODOS. ¡Al asalto!
BLOND. ¡Si; con alma!
(Ponen las escalas en los torreones.)
Prevenidos, no encontremos
al subir una emboscada.
CLAR. (Subiendo.) ¡Por San Jorge y por Ricardo!
BLOND. ¡Arriba pues!
(Van subiendo todos: al llegar arriba, se hunde todo el castillo: las escalas quedan apoyadas en cuatro diablos colosales.)
¡Vírgen Santa! (Bajando.)
TODOS. ¡Los demonios! (Tirándose de las escaleras.)
CLAR. ¡El infierno!
BLOND. ¿Y el castillo?

CLAR. ¡Dios nos valga!
(Huyen todos.)

Mutacion. Mirador del castillo, corto: coro dentro.

ESCENA VII.

ELVIRA, á poco.

CORO. ¡Los pechos que sienten;
los ojos que lloran
que penas deploran
que anuncian dolor,
revelan á voces
que dentro del alma,
se pierde la calma:
se siente el amor!
Si lloras, niña,
tu libertad,
calma tu pena
que la tendrás.
Y si un diablo te persigue,
otro diablo te valdrá!

—

ELVIRA. Mis ojos derraman fuego
que en líquidas perlas brota,
y con cada hirviente gota
van mi paz y mi sosiego!
Este llanto en que me anego
y que me arranca el dolor,
¿es por el fiero rigor
con que el diablo me tortura,
ó es que en tanta desventura
me abrasa el fuego de amor?
¿Es el triunfo de Luzbel
el que el corazon me ha herido?
¿Es acaso que he perdido
la esperanza con Gabriel?
Yo pensé alcanzar por él
la libertad y la vida;
hoy me encuentro reducida
á luchar con mi quebranto;

mas ay!... No vierto mi llanto
por mi esperanza perdida!

CORO. (Dentro.)
Los pechos que sienten
los ojos que lloran, etc.

—

ELVIRA. Mi libertad, no la quiero!
¿qué importa la esclavitud?
siempre tiende á la virtud
lazos mil el vicio artero!
Triunfar del infierno espero;
del infierno, que me envia
un tormento cada dia;
una asechanza cruel!
Pero he perdido á Gabriel,
y le adora el alma mia!

ESCENA VIII.

ELVIRA y COJUELO, en traje de pastor viejo.

COJUELO. ¿Tú lloras, Elvira?
tú siempre serena
sufriste tu pena
con noble altivez.
De pérfido encanto
la víctima fuiste;
vencida venciste,
triunfando á tu vez!
¿Acaso te abruma
tan largo tormento?
¿te falta el aliento?
perdiste el valor?

ELVIRA. Se aumenta mi duelo;
se agravan mis males
horribles, fatales,
por fuego de amor!

COJUELO. ¡Comprendo tu pena;
comprendo tu lloro!

ELVIRA. ¡Señor, yo le adoro!...
partió con Luzbel!
Burló mi esperanza

que de él dependia;
mató mi alegria
con muerte cruel!
Mi ser variado;
mi rostro fingido,
ganar no ha podido
su gran corazon!
Luzbel le fascina;
Luzbel condenado,
le lleva, impulsado
por falsa ilusion!

COJUELO. No temas, Elvira,
que pronto vencido,
de nuevo atraido
vendrá aquí Gabriel.

ELVIRA. ¿De qué me sirviera
si no puede amarme?
Si siente al mirarme
tormento cruel!
Si yo recobrara
el ser que perdiera;
si jóven me viera,
me amara quizá!
Mas viendo mi rostro
que afea el encanto...
horrible quebranto!
jamás me querrá!

COJUELO. No puedo aunque quiera
el rostro volverte;
no puedo valerte
cual quiere mi afan;
por darte un alivio
en tal desventura,
con grata ternura
te dí un talisman!
Tambien en mi vida
se esconde un misterio;
tambien al imperio
sucumbo de amor!
Tampoco es mi rostro
el rostro que miras;
el diablo en sus iras

le trueca.

ELVIRA. ¡Qué horror!

COJUELO. Te ví hace seis años
hermosa cual eres,
de nobles mujeres
modelo especial.
De entonces te sigo;
de entonces te adoro,
y triste deploro
tu suerte fatal!

ELVIRA. ¡Dios santo!

COJUELO. Comprendo
que herida tu alma;
perdida tu calma
pues viste á Gabriel
esbelto y bizarro,
galan, peregrino,
tu pecho divino
se abrasa por él!
Mas es imposible
que logres tu anhelo;
tu llanto, tu duelo,
al fin calmarás.
Yo aguardo sumiso;
te dejo un instante,
que jóven y amante
despues me verás! (Váse.)

ESCENA IX.

ELVIRA.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Ese anciano en quien veia
un buen protector y un guia,
ya no es hoy lo que creí.
Á Luzbel, le resistí;
siempre me encontró despierta:
evité la infamia cierta
con decision y esperanza!
¿Será otra nueva asechanza
contra mi virtud? Alerta! (Váse.)

Mutacion: Campiña á todo foro: en el centro, matorrales que separan dos caminos: á la izquierda va el uno, que será estrecho, cubierto de zarzas y espinos á todos lados: su piso, formado de picos erizados: el de la derecha ancho, rodeado de flores deliciosas, todo lo mas pintoresco y agradable que pueda ser: su piso llano y alfombrado de verdura: toda la parte derecha del escenario, pintoresca y agradable: la de la izquierda árida y triste.

ESCENA X.

PEÑASCO y la DIABLA 1.ª por el camino ancho.

DIAB. Ya te encuentras en el mundo.
PEÑASCO. Y á la verdad que me alegro;
despues de ver tantas cosas
por allá por el infierno...
tanto sastre, condenado
por ser sison y embustero;
tanto Judas, que aduló
y luego vendió á su dueño;
tanto fondista, que ha dado
gato por liebre ó conejo;
tanto sacristan, que en cera
le estan los diablos cociendo;
multitud de diputados
que defender ofrecieron
intereses de su patria,
y despues en el Congreso
limitaron su defensa
á votar por el gobierno!
(Sale un hombre humildemente vestido, y se va muy despacio y con mucho trabajo apartando la maleza por el camino estrecho.)
Á fé que estoy mareado!
pero escúchame; ¿qué es eso?
¿por qué va aquel por allí
por ese camino estrecho
habiendo ese otro tan ancho?
DIAB. Es el camino del cielo.
PEÑASCO. Pues dígote que es vereda

espinosa con extremo.
Pero aqui vienen en grupo
hombres y mujeres... bueno!
Unos cargados... de oro
debe ser, que traen talegos.
Otros vienen retozando
con mujeres, y bebiendo.

ESCENA XI.

La DIABLA y PEÑASCO. El HOMBRE 1.° en el camino estrecho, manifestando el dolor que sufre con los pinchos de las zarzas, y marchando con dificultad. El HOMBRE 2.° vestido de lujo, con una botella y una copa. El HOMBRE 3.° con el brazo echado por encima á dos mujeres compuestas. El HOMBRE 4.° y el 5.° cada uno, con dos talegos grandes de dinero.

HOMB. 2.° Aqui hallamos dos caminos.
HOMB. 3.° Pues por este tomaremos. (Señala el ancho.)
¡Eh! buen hombre! ¡Cómo va
por ese camino estrecho
que está tan lleno de espinas
cuando tiene este tan bueno?
HOMB. 1.° Si para alcanzar la gloria
mundanal, pasar debemos
por entre espinas y abrojos
el tortuoso sendero
que nos desgarra las carnes
antes de tocar su templo,
mucho mas debe costarnos
hallar la gloria del cielo!
HOMB. 2.° Sigamos, que ese hombre es tonto!
HOMB. 3.° Vamos jugando!
(Se dirigen al camino ancho, haciendo lo que dicen.
HOMB. 2.° ¡Y bebiendo!
HOMB. 4.° Por aqui hay mas compañia. (Váse con ellos.)
HOMB. 5.° Es fácil que si me encuentro
solo por esa vereda,
me arrebaten el dinero!
(Sigue á los otros, que desaparecen riendo y retozando.)

HOMB. 1.° Soy tonto! Siempre los malos
al que no sigue su ejemplo
de tonto te califican,
mientras se despeñan necios!
(Desaparece por el fondo.)
PEÑASCO. ¡Por allí se va á la gloria!
DIABLA. ¡Es verdad!
PEÑASCO. Debe ser bueno
haber llegado; mas ir,
costará trabajo inmenso.
¿Y ese camino tan ancho?...
DIABLA. Ese, conduce al infierno.
PEÑASCO. ¡Abrenuncio!
DIABLA. ¡Llano es;
de hermosas flores cubierto!
(Se oyen risas en la derecha, y un gemido en la izquierda.)
PEÑASCO. Van bebiendo y retozando
con gran algazara aquellos,
entre tanto que aquel pobre
deja en zarzas el pellejo;
y por fin, si al cielo llega,
es feliz. pues logra el premio;
á buen bocado, buen grito!
todos llegan, por supuesto,
por esa tuerta vereda.
DIABLA. Es segun.
PEÑASCO. Ya no lo entiendo.
DIABLA. Hay muchos que á la mitad
cansados de los tormentos,
y mirando que los otros
marchan bien y placenteros
por aquel camino, dejan
la vereda que emprendieron:
pasan al camino ancho,
y van tambien al infierno.
PEÑASCO. Chica, lo tendré presente
si cuando me muera vengo;
descuida; que aunque me pinche,
yo me iré por el estrecho.
DIABLA. Eso has de mirarlo en vida;
no puedes elegir muerto.

PEÑASCO. ¿En vida?
DIABLA. Sigue la senda
de las virtudes viviendo,
y al morir, la senda misma
te traerá...
PEÑASCO. ¡Al camino feo!
Corriente!
DIABLA. Vamos ahora
al mundo, que ya apetezco
delicias que desconozco:
serán placeres inmensos.
PEÑASCO. Oyes, chica: ¿tú aconsejas
lo que no practicas luego?
Pues mira que he visto algunos
en las zahurdas por eso!
¿Será cosa, dueño mio
que vengamos acá presto
para ese camino ancho?
DIABLA. No temas.
PEÑASCO. Si que lo temo,
DIABLA. Sígueme, y menos reparos.
PEÑASCO. Te sigo, y reparo menos. (Vánse.)

Transformacion. Otro interior de las zahurdas, en toda su esplendidez. En el centro el trono de Pluton. Á gusto del pintor.

ESCENA XII.

PLUTON, EACO, MINOS, RADAMANTO, muchos DIABLOS y DIABLAS; salen mientras se toca una música alegórica: PLUTON, se sienta en el trono: el tribunal, cerca de la grada, que será una roca.

PLUTON. Estamos de enhorabuena;
conseguimos gran victoria,
pues Ricardo no transige,
y quizás quema y asola
ahora el castillo de Nesler;
vendrán almas, y no pocas.
Él desechó del Pontífice
las intimaciones todas,

y Cojuelo le inspiró;
por lo tanto, quiero ahora
que este triunfo, se celebre
en mis reinos con gran pompa.

MINOS. ¡Diablos y Diablas! ¡De oficio
hay que alegrarse, qué importa!
haya baile y haya fiesta,
que asi á Pluton acomoda!

Gran baile fantástico de Diablos y Diablas, con tridentes ó sin ellos, segun convenga al director; al concluir el baile, sale Luzbel de hombre.

ESCENA XIII.

DICHOS y LUZBEL.

LUZBEL. ¡Invicto rey del Averno,
traicion!

PLUTON. ¿Qué dices?

LUZBEL. ¡Traicion!
¡Cojuelo con sus legiones
á Gabriel me arrebató,
cuando ya aqui le traia
de mis hechizos en pos!

PLUTON. ¡Cojuelo! ¿Será posible?

LUZBEL. ¡Hay otra infamia, señor!
una Diabla os ha robado
á Argos engañando...

PLUTON. ¡Oh!

LUZBEL. ¡Un precioso talisman
acaso el de mas valor!
con él, del infierno ha huido
con el criado simplon
del jóven aventurero.

PLUTON. Luzbel: ¿no me engañas?

LUZBEL. ¡No!
Y porque veas que es cierto,
mira juntos á los dos
con la Diabla y con Elvira
en el castillo.

(En el fondo del trono aparece un pequeño salon

donde estarán hablando Gabriel con Elvira y la Diabla con Peñasco: ellos no ven la escena.)

PLUTON. ¡Oh, furor!
¡Venganza contra Cojuelo!
¡Castigaré su traicion!

LUZBEL. (¡Yo lograré mi esperanza!)

PLUTON. ¡Infierno! ¡Acude á mi voz!
(Le rodean los Diablos y Diablas.)
¡Al castillo en el momento!
y legion sobre legion
de espíritus infernales,
caigan con rabia feroz
sobre ellos! ¡No se burlen
por mas tiempo de Pluton!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Mirador del castillo de San Telmo: dejando ver montes en lontananza, y en la falda de ellos se verán las ruinas de un castillo incendiado recientemente, y del cual salen ráfagas de humo.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO CORAZON DE LEON y BLONDEL.

RICARDO. Supuesto que pereció
en la sangrienta batalla
que ya al castillo de Nesler
tiene convertido en llamas,
el osado usurpador
que con descaro imperaba
en todo este señorio
de San Telmo, sin tardanza
que se busque á doña Elvira;
la jóven é ilustre dama
que perdida, hace seis años
llora toda la comarca.

BLOND. Se dice que sabedora
de que Rogerio intentaba
para ser dueño absoluto
de su tierra asesinarla,
y al mirarse de los suyos
sin piedad abandonada,

huyó, y se perdió en el monte;
no se sabe por desgracia
su paradero, y presumen
que quizá en region lejana
haya muerto la infelice.

RICARDO. Es necesario buscarla,
ó adquirir noticias ciertas;
ella es dueña soberana
de este castillo feudal;
y si vive, es cosa clara
que debe venir al punto.

BLOND. Mas si no se encuentra...

RICARDO. ¡Basta!
que se busque, y que se indague.
Quizá el temor es la causa
de que viva oscurecida
vertiendo abundosas lágrimas;
mas cuando sepa que ha muerto
el que su hacienda usurpaba,
ya no tendrá inconveniente
en presentarse en su casa.
Vencido Felipe Augusto
que á Rogerio le dió alas,
y muerto el mismo Rogerio,
que vuelva esa noble dama
á mandar en sus dominios,
de Felipe feudataria:
¡esto, Blondel, es justicia,
y la justicia me agrada!

BLOND. Y despues de la victoria
que lograron nuestras armas,
¿seguirá la guerra?

RICARDO. Acaso
muy pronto la paz se haga;
quizá llegue otro legado
á repetir la demanda
de su Santidad; y puesto
que ya logré mi venganza;
que ya derroté á Felipe,
y dentro de las murallas
de Nesler...

BLOND. Aun se divisan

sus ruinas. (Mirando al foro.)

RICARDO. Si.

BLOND. ¡Miradlas!
El humo envuelve los restos
del castillo.

RICARDO. Pues el Papa
tanto empeño manifiesta
por la paz, que por mi causa
no se derrame mas sangre;
que aunque haya razon sobrada,
siempre la sangre vertida
en la conciencia se grava.

BLOND. Mas para el que no la tiene...

RICARDO. Lo que en mi prision amarga
padecí; los atropellos
de Felipe y aun sus tramas,
ya he castigado; y supuesto
que mi enemigo desmaya
y para vergüenza suya
ya vencido se declara,
no tengo empeño en seguir
esta guerra encarnizada.
Ahora, hablemos de otro asunto:
¿Sabes, Blondel, que me espanta
que seas tan supersticioso?

BLOND. Yo, señor...

RICARDO. La historia rara
del misterioso castillo
en que Lionel se encontraba...

BLOND. ¡No es supersticion, señor!
¡creednos! ¡cuando llegaban
mis soldados á la altura
de sus espesas murallas,
despareció por encanto!

RICARDO. Pues yo que no creo que haya
poder sobrenatural
mas que el de Dios, voy mañana,
ó acaso esta misma tarde
con mis gentes sin tardanza,
y te juro que he de entrar
en el castillo.

BLOND. Con calma

meditadlo; yo os lo ruego!
acaso el demonio...

RICARDO. Calla!
contra el demonio, en mi pecho
llevo esta cruz encarnada;
esta, que dió en Palestina
gloria inmortal á mis armas!
Como sois supersticiosos,
acaso con una farsa
han logrado fascinaros,
que no hay en el mundo magia!
y ansioso de convenceros,
no demoro esta jornada.
Ahora voy á dar las órdenes:
sígueme.

BLOND. Que Dios nos valga!

Mutacion: Salon corto, sin puerta al foro; un retrato de cuerpo entero de un caballero embozado en una capa: otro retrato de señora, un sillon y una mesa.

ESCENA II.

PEÑASCO.

PEÑASCO. Mi amo con la hechicera
allá dentro se ha quedado:
mi Diabla, fué á ver si puede
del infierno saber algo:
y yo mientras los salones
del castillo paseando,
quiero ver si el talisman
encuentro por un acaso.
Dicen que tiene virtud
y poder extraordinario,
y que por él el infierno
ha de quedar derrotado!

LOS RETRATOS. (Se llevan el dedo á la boca y dicen.)
Chist!...

PEÑASCO. Caramba! ¿quién cecea?
Si alguno me está escuchando...

LOS RETRATOS. (Id.) Chist!...

PEÑASCO. Qué miro! Si son estos
dos señorones pintados!...
Esto si que tiene gracia!
y me dicen...
RETRS. (Id.) Chist!
PEÑASCO. No callo!
Como ellos hablar no pueden,
quieren que yo esté callado!
Pero si tuvieran lengua...
(Los retratos enseñan unas lenguas colosales.)
Cáspita con los retratos!...
qué lenguas! hay para hacer
un magnífico estofado!...
Si á todos los que les sobra
les cortaran un pedazo...
(Esconden las lenguas.)
¿Y qué me quereis decir
esas lenguas enseñando?
Porque hablar no podrán.
RETRS. ¡Si!
PEÑASCO. ¡Pues quedamos enterados!
RETRATO. (De él.) Ya nos oyes.
PEÑASCO. ¡Por supuesto!
Es que el dedo no me mamo!
hablar unos lienzos!... vaya!
RETRATO. (De ella.) Pues ya lo estás escuchando.
PEÑASCO. Alguno que me está oyendo,
y pretende darme un chasco;
porque vosotros no hablais...
RETRATO. (De él.) Mucho te engañas, menguado!
ya has visto que tengo lengua;
ahora, mira como hablo,
que es costumbre que conservo
desde los tiempos de antaño!
PEÑASCO. ¡Caramba! Pues es verdad!
RETRATO. (De ella.) ¡Cómo dices que no hablo
si soy mujer, y habladora
debo de ser por lo tanto!
Al decir tal desatino,
mentiste como un bellaco!
Yo te arrancaré los ojos!
¡Acércate!

PEÑASCO. ¡Voy volando!
(Huyendo al lado del otro retrato.)
LOS DOS RETRATOS. (Á un tiempo.)
(Él.) ¿Dudaste de que yo hablara,
mas ahora verás si hablo!
(Ella.) ¿Por qué motivo creiste
que hablar no nos fuera dado?
PEÑASCO. ¡Callarse! Me vuelven loco!
si ya no dudo! Canario!
(Los Retratos y él hablan á un tiempo y concluyen gritando.)
RETRATO. (De él.) Eres un necio, atrevido,
que porque me ves retrato,
pensaste que no podia
decirte lo que hace al caso;
mas de tí me he de vengar,
aunque estoy puesto en un marco!
RETRATO. (De ella.) Ridículo lacayon,
que es tan estúpido y sandio
que se atreve á despreciarme
porque me mira retrato!
Pero juro por quien soy,
que te has de acordar, bellaco!
PEÑASCO. ¡Callarse! Malditos sean!
ya sé que hablais, condenados!
Lo sé! si estoy convencido
de que yo estaba engañado.
¡Uif! Qué marco! Qué bulla!
Cargue con los dos el diablo!
(Estos versos los dirán los tres de modo que se entiendan concluyendo á la vez gritando: al concluir quedan callados: Pausa, Peñasco se limpia el sudor.)
Nunca les hubiera dicho...
Mi garganta se ha secado;
si tuviera una botella
y pudiera echar un trago...
RETRATO. (Él.) Tómala! (Presentándosela.)
PEÑASCO. ¿Qué es lo que miro?
Y me la da ese retrato.
La tomo; los cumplimientos
ahora no son del caso.

(Toma la botella; el Retrato saca un vaso de cristal.)
Hola! ¿Y un vaso tambien?
Pues corriente! Acepto el vaso.
(Los dos Retratos sacan un vaso cada uno.)
¡Pero calle! Saca otro!
Bien, beberemos entrambos.

RETRATO. (ÉL.) ¿Y ella?

PEÑASCO. ¿Cómo... y ella? ¡Mas calle!
su racion está esperando!
Con que á la dama espetada
le gusta tambien el trago!
Á muchas damas conozco
que les sucede otro tanto!
(Echa vino en su vaso, que va dasapareclendo, mientras se llena el vaso de él.)
¡Demonio! Se pierde el vino
al caer en este vaso.

RETRATO. (ÉL.) Basta!

PEÑASCO. ¿Basta? Mas qué veo?
Pues si el suyo se ha llenado
y el mio no tiene nada!
verá como se lo atrapo!
(Al ir á coger el vaso del Retrato de él, aparece vacio y se llena el de ella.)
¡Calle! se vació!... Y aquel...
aquel está rebosando.
(Va á coger el de ella y aparece vacio, y el suyo lleno.)
¡Vacio! Y el mio se llena!
Mas vale asi! Pues bebamos!
(Va á beber y queda su vaso vacio y los de los Retratos llenos)
¡Ya se ha pasado á los suyos!
vaya un vino condenado!
(Los Retratos se beben el vino.)
¡Y mientras yo no lo pruebo
se lo beben los Retratos!
Pues mejor! En la botella!
(Va á beber y la botella vuela.)
¡Tampoco! Se fué volando!
Me alegro de no beber;

que es un vicio ser borracho!
estoy cansado; me siento.
(Va á tomar el sillon, y sale un Diablo que coge el sillon del otro lado.)
¡Ay, vino de mis pecados!
¡Hola! ¿Diablitos tenemos?
¡Pero el sillon ha agarrado:
pues yo no le suelto! Vaya!
Suéltalo tú, señor Diablo!
(Á tirar los dos, el sillon se divide en dos sillones iguales.)
¡Qué miro! Son dos sillones!...
La disputa se ha acabado!
(Se sientan los dos y se miran. Pausa.)
(Este diablillo me mira,
por quien soy que estoy temblando:
¿Será de la policia
secreta de Pluton?... Tanto
mirar...) y yo tengo hambre!
¿No sabes dónde habrá algo?...

DIABLO. En aquel cajon. (Señala la mesa.)

PEÑASCO. ¿Si? Gracias!
Pues verás como lo saco.
(Se dirige á la mesa; y mientras, se va el Diablo llevándose los dos sillones: Peñasco va á tirar del cajon y se abre por el otro lado, saliendo una culebra, que le da un golpe en la cabeza y se oculta.)
¡Cáspita! vaya unos juegos!
Eso no me gusta, diablo!
Pero calle, si se ha ido!
entonces... ¿quién me ha pegado?
¡Cobarde! Me dió y corrió:
pero en fin, vamos andando!
¡Toma! toma! Si el cajon
se ha abierto por este lado!
Voy á ver... Se cierra solo!
(Se cierra el cajon.)
Verá como yo lo abro.
(Va á abrirlo, y se repite el mismo juego al otro lado.)
¡Caramba! Nó; pues ahora
no ha podido ser el diablo!

¿Habrá sido este señor
que está en el lienzo pintado?

RETRATO. (De él.) ¡Tonto!

PEÑASCO. Y me dice...

RETRATO. (De él.) ¡Tonto!

PEÑASCO. Ya he oido, señor sábio!
pero eso de que me pegue...

RETRATO. (Á ella.) ¡No ha salido de su marco!
Bestia!

PEÑASCO. ¡Bah! Estos dos señores,
fueron muy mal educados!
Mas volvamos al cajon;
se ha abierto por este lado!
(Va á él, y se cierra.)
¡Ahora se cierra tambien!...
(Se abre por el otro lado.)
Por allí se ha abierto... bravo!
(Va á él, y se cierra.)
¡Pues está bueno el tragin!
(Se abre por los dos lados.)
Con dos cajones me hallo. (Va á uno.)
Lo que es en este no hay nada;
en fin, el otro veamos! (Va al otro.)
Por aqui sale un melon!
mucho mejor fuera un pavo:
mas cómo ha de ser! cuchillo
sale tambien á su lado;
refrescaremos la boca:
con que paciencia, y partamos!
(Lo pone sobre la mesa, y cuando lo va á partir desaparece.)
¿Qué es esto? Dónde se fué?
(Mira dentro del cajon.)
¡Ah! si al cajon ha pasado:
no lo partiré en la mesa,
que no me fio; canastos!
Lo mejor es en el suelo;
(Se pone en el suelo, y él en cuclillas procurando partirlo.)
¡qué duro está el condenado!
Nada! el cuchillo no entra;
pues yo he de lograr... canario!

¿Ha de poder mas que yo?
(El melon se abre con la esplosion de un tiro de mano ó petardo: él cae de espaldas.)
¡Ay! Me ha muerto! Yo estoy malo!
este melon infernal...
¡fresco estaba el condenado!
Mas pronto! huyamos de aqui!
quiero buscar á mi amo!

ESCENA III.

DICHO y GABRIEL.

PEÑASCO. Ya estoy, señor, por acá,
y no vine sin trabajo.
GABRIEL. ¡Di! La diabla que te trajo
á este sitio ¿dónde está?
PEÑASCO. Fué dejando mis caricias,
que causan su afan eterno,
para ver si del infierno
adquiere algunas noticias.
GABRIEL. Tú que estuvistes allí,
habrás visto buenas cosas.
PEÑASCO. ¡Estupendas; prodigiosas
fueron las cosas que ví!
Como en el mundo, hay envidia;
hay despotismo infecundo;
y lo mismo que en el mundo
impera allí la perfidia.
Hay un rey con su corona;
cortesanos que le adulan,
y demonios que especulan
con tan egregia persona.
Hay partidos y opiniones;
se disputan los destinos;
se defienden desatinos
con sofismas por razones.
Allí hay dos partidos...
GABRIEL. ¡Oh!
PEÑASCO. Formados por Belcebú,
que estan á quítate tú
para que me ponga yo.

Un diablo, el favor desea;
otro diablo lo apetece,
y la intriga se engrandece
y nuevos conflictos crea.
Hay diablo que por llegar
al favor que tanto anhela,
venderá á su parentela
si se la quieren comprar.
Allí el gobierno es muy malo,
y todos quieren ser reyes:
allí no rigen mas leyes
que contribucion... ¡y palo!
Cuando el rey un atropello
de los que ejercen poder
sabe, y pretende saber
si hubo razon para ello,
el que hizo la tropelia
presenta gente comprada...
es decir, gente empleada
que apoya su villania.
Él se da por satisfecho
quedando en impunidad
la feroz barbaridad,
y al zurrado... ¡buen provecho!
Un partido que mandó,
segun allí me han contado,
en su tiempo desdichado
hasta á los diablos quemó!
Intriga hoy, pero el mas lego
conoce su hipocresia,
que se acuerdan todavia
de los palos del Manchego.
Un numeroso partido
por lo que contar oí,
tambien anda por allí
retirado y retraido.
Esos son diablillos francos;
quieren ley sin distincion,
y si llega la ocasion
me han dicho que no son mancos!
Otras máximas se extienden
que no admiten mejoria:

pero amigo, todavia
por allí no las entienden:
les falta educacion
en política, que crea
la fé de la buena idea
sin torpe equivocacion.
y un diablo exclamaba... ¡ah!
no me entienden... ¡esto es duro!
¡el fruto aun no está maduro,
pero al fin madurará!...
Allí se imprime un papel
que Gaceta se le nombra,
y á la verdad que me asombra:
no hay quien mienta mas que él.
Tienen allí una gran olla
donde la ambicion se estrella,
y muchos comen de ella...
no sé si garbanzo ó polla.
Todos para su sosten
ayudan... de mala gana:
y á lo mejor hay jarana
que concluye en somaten,
porque es fuerza que á mal tomen
lo que con razon condenan;
que unos son los que la llenan,
y otros son los que la comen:
y con tal ansia, que infiero
que no hay quien los satisfaga;
¡diablo hay allí que se traga
la comida y el puchero!
El soberano, Pluton,
no se ofende de oir verdades;
él las llama necedades
y pega sin compasion.
Les deja escribir y hablar
á todos en el infierno,
y criticar su gobierno...
que es bastante criticar.
Son libres á veces dadas
para hablar cuando les toca,
con la mordaza en la boca
y con las manos atadas.

Yo juzgo que conocemos
lo que en los mares sucede:
allí vence el que mas puede:
eso, todos lo sabemos.
Á ver si claro me explico:
aunque en la mar no hay quien mande,
es sabido que el pez grande
se traga siempre al mas chico.
Pues lo mismo pasa allí;
y si me apuras, con creces
van imitando á los peces
segun en todo lo ví.
¡Y en aquella eterna fragua
do tantos bienes reciben,
se puede decir, que viven
igual que el pez en el agua!

GABRIEL. Te confieso que el relato
Peñasco, me ha divertido,
aunque poco lo he entendido.

PEÑASCO. Sin hacerte desacato,
te diré que diablos son;
mas que nosotros alcanzan,
y siete siglos avanzan
en su civilizacion.
Y que el demonio me lleve
si yo al pensar no me fundo,
que lo mismo andará el mundo
en el siglo diez y nueve.

GABRIEL. Basta: hablemos de otra cosa;
es raro lo que nos pasa,
y mi corazon se abrasa
en esta lucha penosa.
¡Ha poco el dardo de amor
mi pecho partió en pedazos,
y daba ciego en los lazos
de un demonio engañador!

PEÑASCO. Pues ya no es nuevo ese mal;
siempre el hombre se enamora;
ángel juzga á su señora,
y luego es furia infernal.
El desengaño es cruel;
pero es ocurrencia extraña,

que á ser vinieras de España
el amante de Luzbel.
¡Es preciso estar borracho!
Verdad que á una diabla quiero;
mas al fin, es hembra; pero
enamorarse de un macho!

GABRIEL. ¡No te burlos de mi afan!

PEÑASCO. Siempre has de andar en amores;
no extraño que te enamores
de la burra de Bálan.

GABRIEL. Y esa Elvira...

PEÑASCO. ¿Otra te pego?
¿Tambien le gusta la vieja?

GABRIEL. Terrible dolor la aqueja.

PEÑASCO. Que no te aqueje á tí luego...

GABRIEL. Ella viene: vete tú,
que hablarla á solas pretendo.

PEÑASCO. ¡Mira, que me estoy temiendo
que ella es otro Belcebú!
No te fies de su modo;
que aunque un refran aconseja
y dice... «Gallina vieja
hace buen caldo»... ¡Con todo!
¡Tal refran á mi entender
si con razon se axamina,
nos convendrá en la gallina;
pero nunca en la mujer!

ESCENA IV.

GABRIEL y ELVIRA.

GABRIEL. Celebro vengais ahora.

ELVIRA. ¿Teneis que hablarme, Gabriel?

GABRIEL. ¡Tengo una duda cruel
que quiero aclarar, señora!
Sois la hechicera que mora
en esta triste mansion,
y debeis darme razon,
pues por vos he entrado en ella,
de este tormento, que huella
sin piedad mi corazon!

ELVIRA. ¿Conque una duda?
GABRIEL. ¡Fatal!
ELVIRA. Lo sé; vuestro pecho ha herido
con intento fementido
un espíritu infernal.
¿Vos el remedio del mal
que sufre esta desdichada
que vive desesperada
podeis hallar decedido,
quedando Luzbel vencido
y yo por vos libertada!
Sois un hombre de valor;
pero hay empresas fatales,
que acometen los mortales
impulsados por amor.
¡Mas ese mágico ardor
que embriaga y alucina
y que en el pecho germina
de vos no puedo esperar,
que en mí, no podeis hallar
esa inspiracion divina!
No he dado en mi corazon
á tal esperanza abrigo;
y si estas frases os digo,
tengo sobrada razon.
Os ví desde el torreon;
y pensé que tal guerrero,
á una dama, placentero
supiera salvar galante;
pero ¡ay! en vos, el amante
se antepone al caballero!
¡Yo contemplé en cierto dia
á un niño, que guardó ufano
brillante azogue en su mano,
con infantil alegria!
¡El inocente corria
loco, apretando con fé:
y á poco rato, observé
el dolor en su mirada;
que de la mano cerrada
el azogue se le fué!
Como aquel niño guardó

el voluble mineral,
mi pecho para mi ma
una esperanza abrigó.
¡En esto Luzbel llegó
vestido con falso aliño;
conquistó vuestro cariño
con infernal asechanza,
y se marchó mi esperanza
como el azogue del niño!

GABRIEL. ¡Señora, al entrar aqui
por amor propio impelido,
de vuestra pena atraido
porque vuestro acento oí,
formal mi palabra os dí
á fuer de noble y galan,
de buscar un talisman:
vino luego una hermosura,
y presa de su ternura
la seguí con loco afan!
El náufrago que arrebata
de las olas la corriente
y lo envuelve de repente
entre su espuma de plata,
aunque vé que le maltrata
y le conduce á morir,
desconcertado al sufrir
inexplicable tormento,
sigue su impulso violento
sin poderlo resistir.
Asi el poder infernal
superando á mi firmeza,
me arrastraba con fiereza
al infierno por mi mal.
¡Si yo á su influjo fatal
resistirme no podia,
no olvidaba mi hidalguia
una palabra empeñada;
que os dejaba abandonada,
mientras el alma perdia!

ELVIRA. Por eso era mi afliccion;
por eso mi amarga pena:
¿cómo contemplar serena

Gabriel vuestra perdicion?
Mi angustiado corazon,
mi abandono no lloraba;
mis lágrimas derramaba
por vuestra infelicidad:
mi perdida libertad...
¡oh! Gabriel!... ¿qué me importaba?

GABRIEL. ¿Era por mí vuestro llanto?
¿por mí vuestra amarga pena?

ELVIRA. Ver que alguno se condena,
¿no nos ha de dar espanto?

GABRIEL. ¿Mas tanto, señora?

ELVIRA. ¡Tanto!
¡Y con justicia sufrí,
porque os hice entrar aqui:
esto Gabriel me angustiaba,
y mi conciencia clamaba
que os condenabais por mí!

GABRIEL. ¡Me hablais con tal expresion;
con tan seductor acento,
que con latido violento
palpita mi corazon!
¡Se confunde mi razon;
os miro; os oigo á la vez;
veo ternura y altivez:
horrible duda me acosa;
que esa voz armoniosa,
no es la voz de la vejez!

ELVIRA. ¡Hay perla de mucho precio,
que se esconde en concha ruda;
si el hombre tuviera duda,
la mirara con desprecio:
mas lo sabe, y hace aprecio
de la alhaja antes de verla;
anhelando poseerla,
rompe la concha cruel:
pensad con calma, Gabriel!
¡La concha, oculta á la perla!

GABRIEL. No se qué pensar...

ESCENA V.

DICHOS y COJUELO de anciano.

COJUELO. ¡Elvira!
ELVIRA. ¿Vos, señor?
GABRIEL. ¿Quién?
COJUELO. Hace tiempo
que has creido ver en mí
un protector.
GABRIEL. ¿Cómo?
ELVIRA. ¡Es cierto!
COJUELO. Pues, Elvira, te engañaba
astutos lazos tendiendo
á tu virtud.
GABRIEL. (Empuñando.) ¡Miserable!
COJUELO. ¡Menos altivez, mancebo!
¡No soy hombre, como tú,
y aqui es inútil tu acero
para atentar á mi vida!
ELVIRA. ¿Quién sois?
COJUELO. ¡El Diablo Cojuelo!
(Se transforma el traje de pastor en el de diablo.)
ELAIRA. }
GABRIEL. } ¡Qué asombro!
COJUELO. Si me descubro
sin conseguir mis intentos,
es porque Luzbel altivo
me ha vencido en el infierno.
Pluton por él se decide,
y mis amigos perversos
á su bando se han pasado
al mirarle en valimiento;
que lo mismo que en el mundo
sucede por el infierno:
todos del árbol caido
hacen leña placenteros.
GABRIEL. ¡Lo que me contó Peñasco!
COJUELO. ¡Sucumbiré sin remedio!
mas antes de sucumbir
he de frustrar sus intentos,

y caeré quitando antes
sus conquistas al averno!
Partidario de virtudes,
ni lo soy, ni puedo serlo;
pero el que se ve perdido
se agarra de un clavo ardiendo.
Por lo pronto en Normandia
se acabó el azote fiero
de la guerra; de Pluton
dejo burlado el empeño.

GABRIEL. Felipe Augusto y Ricardo...

COJUELO. Por mí las paces han hecho;
porque influí con astucia
há poco en sus pensamientos.
Ved cómo en Ruan celebra
alegre la paz el pueblo.

Se abre el foro, dejando ver en panorama la plaza de Ruan con colgaduras en los balcones, completamente iluminada: multitud de caballeros y señoras en balcones y ventanas: gentio inmenso en la plaza, hogueras, etc.

El pueblo la guerra siente
y la llora sin consuelo:
de los reyes las discordias;
sus ambiciosos intentos,
todo lo paga su sangre;
lo costea su dinero!
Allí entra Felipe Augusto
y le acompaña su ejército!

Se ve en el cuadro á Felipe Augusto á caballo, seguido de generales y jefes id , y detrás el ejército: van pasando á la vista del público, mientras se oye lejana una marcha guerrera y vivas. Al concluir el paso de las tropas se cierra el fondo, quedando como antes.

GABRIEL. ¡Qué sorpresa!

COJUELO. Esos clamores
son oprobio del infierno,
y yo con ellos me gozo
porque con ellos me vengo!
Ahora seguidme al instante;

al subterráneo bajemos,
que allí el talisman se esconde
que puede á salvo poneros
de Luzbel y de Pluton!

GABRIEL. ¡Oh, si!

ELVIRA. ¡Vamos!

COJUELO. ¡Al momento!

Mutacion. Selva muy corta.

ESCENA VI.

La DIABLA y PEÑASCO.

PEÑASCO. ¿Tú sabes lo que imagino?
que yo he sido un mentecato
en quererte; que eres diabla
que te vas á picos pardos!

DIABLA. Pero atiende.

PEÑASCO. ¡No, señora!
Yo no estoy conforme; ¿estamos?
que aunque bonachon parezco
no desciendo de venados;
y cuidadito conmigo,
porque si yo me amostazo...

DIABLA. ¿Qué harás?

PEÑASCO. Buscar acebuche,
que es un remedio muy sabio:
si piensas porque eres diabla
que tus diabluras te paso,
será segun y conforme:
¡mira que yo soy muy bravo!
No bravo como tú piensas;
que si existen mas de cuatro
que bravamente bravean
contra pobres desarmados,
yo bravearé contra tí
aunque tienes poder bravo;
porque el poder del demonio
es un poder temerario,
que contra viento y marea
viene ejerciendo; y al cabo

el mas bravo de vosotros
al fin caerá de su asno!

DIABLA. Pero, Peñasco, ¿á qué viene
todo lo que estás hablando?

PEÑASCO. Te marchaste esta mañana,
y yo te esperaba en vano;
gracias que yo no sé cómo
he venido hasta este campo,
en donde sola te encuentro.

DIABLA. ¿No conoces, mentecato,
que mi poder te ha traido?

PEÑASCO. ¡Tu poder! ¿cómo?

DIABLA. Es exacto.
Si para saber noticias
del infierno tardé tanto,
es porque temo perderte.

PEÑASCO. (Asustado.) ¿Cómo perderme?

DIABLA. Es el caso
que el robo del talisman
que pude coger á Argos,
lo ha sabido al fin Pluton;
y furioso con sus diablos
contra mí y contra Cojuelo,
que tambien se ha revelado,
hoy apresta sus legiones
para venir á buscarnos,
y no podremos vencer
á tan feroces contrarios.

PEÑASCO. Dime; si somos vencidos
¿qué le pasará á Peñasco?

DIABLA. La caldera de Botero
te tendrá por suyo.

PEÑASCO. ¡Rayos!
¡Tú no me ofrecistes eso!
¡yo me doy por engañado!
Qué diablo... digo... ¡qué diabla!

DIABLA. No me rindo sin embargo;
veremos si alguna idea
puede sacarme del paso.
¡Ahora sígueme!

PEÑASCO. ¿Mas dónde
me llevas? ¡tiemblo de espanto!

Yo que el miedo habia perdido
al verme por tí escudado,
me voy volviendo á Tembleque.

DIABLA. No temas, ven sin reparo.

PEÑASCO. Voy sin reparo y lo siento;
estoy débil y me caigo;
y si un reparo tuviera
que me reparara algo!...

DIABLA. Pues sigues la suerte mia,
no desmayes, y ten ánimo!

PEÑASCO. ¡Ánimo, valor y miedo!
¡si yo soy muy esforzado!

DIABLA. Mas tengo yo que temer;
que tú pagas frito.

PEÑASCO. ¡Claro!
freirme es una friolera;
no sé por qué temo tanto:
la suerte del boqueron
la quisieran mas de cuatro;
y me pondrán en manojo
fritito con otros cuantos!

DIABLA. Sígueme ya, que interesa.

PEÑASCO. ¡Oh diabla de mis pecados!
pero si al fin eres hembra,
¿qué me has de dar sino engaños! (Vánse.)

Mutacion. Interior de una caverna, la techumbre figura ser de piedra iman, el resto de rocas: entrada á la derecha. Salen la Diabla y Peñasco.

DIABLA. ¡Entra aqui, que esos guerreros
pienso que nos buscan: vamos!

PEÑASCO. ¡Demonio! ¡qué oscuridad!

DIABLA. Mucho temo que sean diablos
que vestidos de armadura
nos persiguen disfrazados.

PEÑASCO. ¿Y aqui estaremos seguros?

DIABLA. Quizá pasarán de largo.

PEÑASCO. Pero dí; ¿qué cueva es esta
que tiene un aspecto extraño?

DIABLA. La caverna del iman;
su techumbre se ha formado

de esa piedra, y toma el nombre
de esta circunstancia.

PEÑASCO. ¡Es raro!
Es decir, que es piedra iman
ese tremendo peñasco.
(La Diabla observa á la entrada.)

DIABLA. Justamente: ¡pero calla!
los guerreros han pasado
segun creo: voy afuera;
aguarda aqui breve rato;
quiero ver si son guerreros
ó como malicio diablos.

PEÑASCO. ¿Y me vas á dejar solo?

DIABLA. Descuida, que poco tardo. (Váse.)

ESCENA VII.

PEÑASCO, á poco cuatro GUERREROS.

PEÑASCO. ¡Ay! ¡Si en esta oscuridad
yo tengo horrible miedo!
¡aqui aguardarme no puedo,
hice una barbaridad!
¿Quién me mandó ser consocio
de esa diablilla hechicera?
¡ay! ¡Suceda lo que quiera,
este ha sido mal negocio!
¡Yo tiemblo! Si me parece
que andan por aqui visiones;
y algunas apariciones...
¡ay de mí! ¡mi miedo crece!
(Se presenta en un lado una cara disforme.)
¡Qué cara! ¡Dios poderoso!
¡Miremos á este otro lado!
(Vuelve á reproducirse otra vision.)
¡Aqui tambien! ¿Qué he mirado?
¡qué bicho mas horroroso!
¡Vamos! ¡Yo no estoy aqui!
¡el aire libre prefiero,
y me largo... porque quiero!
(Llega á la entrada y al oir la voz dentro retrocede; desaparece la vision.)

VOZ. (Dentro.) ¡Vedle!
OTRA. (Id.) ¡Matadle!
PEÑASCO. ¡Ay de mí!
Los guerreros, soy perdido! (Temblando.)
VOZ. ¡Entremos!
PEÑASCO. ¡Malo me he puesto!
UN GUERRERO. ¡Por aqui!
(Salen los cuatro y se dirigen á Peñasco; y atraidas las armaduras por el iman, suben quedándose sujetos al techo.)
¿Pero qué es esto?
LOS CUATRO. ¡Socorro!
PEÑASCO. ¡Os habeis lucido!
Si sois diablos del infierno
ó veteranos soldados,
estais bien asi; colgados
como melones de invierno!
¡Bien empleado os está!
entrasteis, como matones,
y quedais como melones.
Conservarse bien. ¡Já! ¡já! (Se va riendo.)

Mutacion. Subterráneo corto.

ESCENA VIII.

ELVIRA, COJUELO y GABRIEL.

COJUELO. Aqui debe ser.
ELVIRA. ¿Aquí?
COJUELO. La tradicion nos relata
que aqui el talisman existe
que acabe vuestra desgracia.
Dice al par, que hallarle puede
si á este subterráneo baja,
un osado aventurero
de intrepidez y arrogancia.
GABRIEL. Pues al que su busca emprenda
¿qué peligro le amenaza?
¿es lidiar con endriagos
ó con fieras africanas?
Como ellos sean vulnerables,

al cinto traigo mi espada,
y no me arredran peligros;
corazon me sobra y alma!

COJUELO. ¡Lo sé!

ELVIRA. (¡Corazon le sobra!
tal vez para mí le falta!)

GABRIEL. De acometer esta empresa
á Elvira la dí palabra,
y aunque muera, he de cumplirla!

COJUELO. ¿Morir por ella?

GABRIEL. ¿Te espanta?
Es costumbre de españoles
ser galantes con las damas,
y sin reparar peligros
á defenderlas se lanzan!

COJUELO. ¡Haces bien en defender
á Elvira, porque te ama!

ELVIRA. ¡Calla!

GABRIEL. ¿Qué dices?

COJUELO. Elvira,
yo perderte meditaba:
mas vencido por Luzbel,
quiero ahuyentar su esperanza,
y quitarle la victoria
de que condene tu alma!
Si, Gabriel; esta señora
es la dueña soberana
de los estados feudales
que de San Telmo se llaman;
cuando el talisman parezca...

ELVIRA. ¡Ah!...

COJUELO. La verás transformada
en su ser; jóven y bella;
porque es su hermosura tanta,
que te has de quedar absorto
y encantado al contemplarla.

ELVIRA. No soy tan bella, Gabriel,
cual ponderan sus palabras.

GABRIEL. ¡Elvira! ¿Será verdad?
Mi corazon presagiaba
por su voz armoniosa;
por ese timbre que encanta,

el misterio que á mi vista
no sé por qué lo ocultaba.

COJUELO. No la permite el encanto
decirte la verdad clara;
pero yo decirla puedo,
porque mi lengua no ata!

GABRIEL. ¿Dónde está ese talisman?
¡Dímelo pronto! ¿Qué tardas?
lucharé contra el infierno,
si el infierno es quien lo guarda!

COJUELO. No les es dado á los diablos
guardarle, que de él se espantan;
antes, quisiera extinguirlo
en todo el mundo su rabia!

GABRIEL. ¿Qué prenda es la que contiene
esa virtud sobrehumana?

COJUELO. Gabriel; ese talisman
se encierra en una palabra;
yo pronunciarla no puedo;
piensa; discurre con calma!
en aqueste subterráneo
está escrita, y hay que hallarla.

GABRIEL. ¿Pero dónde?

COJUELO. No lo sé.

ELVIRA. ¡Este misterio me espanta!

COJUELO. Ya hice lo que hacer pude;
vendo al infierno y mi raza,
tan solo por conseguir
el placer de la venganza!

GABRIEL. ¿Una palabra?

ELVIRA. Gabriel,
no te expongas.

GABRIEL. ¡Tú me amas!

ELVIRA. Por eso, si ha de costarte
la vida aquesa palabra,
prefiero seguir penando
en el castillo encantada!

ESCENA IX.

DICHOS, la DIABLA y PEÑASCO.

DIABLA. ¡Cojuelo! ¡Estamos perdidos!
COJUELO. ¿Tú aqui?
DIABLA. Tambien revelada
como tú contra Pluton,
vengo, Cojuelo, con ansia
de avisarte del peligro
que al momento nos amaga.
Luzbel, el infierno entero,
va á llegar á esta morada!
ELVIRA. ¡Gran Dios!
COJUELO. ¡Estamos perdidos!
y ese talisman... ¡oh, rabia!
PEÑASCO. ¡En buen lance nos hallamos!
Si estuvieras en España
y no hubieramos venido
á buscar aqui batallas,
esta de diablos feroces,
á la verdad, no encontraras.
GABRIEL. Primero que sucumbir,
yo juro que con mi espada...
(Desenvaina la espada: y la hoja se transforma en culebra.)
PEÑASCO. ¡Espaditas al infierno!...
GABRIEL. ¡Elvira!
ELVIRA. ¡Gabriel del alma!
COJUELO. ¡Aqui no sirve el valor,
Gabriel!
DIABLA. ¡No sirve de nada!
PEÑASCO. Ya verás como nos frien
como á las tortas de Pascua,
ó como á sardinas frescas.
GABRIEL. ¡Cállate, necio! ¿Qué hablas?
PEÑASCO. Nada, que me veo en manojo!
DIABLA. (Á Cojuelo.) ¡Formemos una alianza!
PEÑASCO. (¡Buena será! lindas cosas
harán entre diablo y diabla!)
COJUELO. ¡Es inútil! Los dos solos,

no podemos lograr nada!

DIABLA. Ese talisman...

GABRIEL. Mas ¿cómo
poder hallarle? No alcanza
mi razon, cuales serán
esas precisas palabras.

LUZBEL. (Dentro.) ¡Ningunas! ¡Estais perdidos!
¡nadie á libertaros basta!

DIABLA. }
COJUELO. } ¡Luzbel!

PEÑASCO. ¡La hemos hecho buena!

LUZBEL. (Dentro.) Venid, que Pluton os llama!

Mutacion. El bosque del Espanto: el poco cielo que se vea, nebuloso y sombrio. Todos los troncos de los árboles dejarán ver formas humanas, figurando ser condenados convertidos en árboles.

ELVIRA. ¡Cielos!

GABRIEL. ¡Gran Dios!

PEÑASCO. ¡Uif! ¡Qué miedo!
Dime, Diabla; ¿dónde estamos?

DIABLA. ¡Insensato! ¿No lo ves?
en el bosque del Espanto.

PEÑASCO. ¡Por mí lo voy conociendo,
porque ya estoy espantado!

COJUELO. ¡Mira los remordimientos!

DIABLA. ¡Las penas!

PEÑASCO. ¡Bastantes paso!

COJUELO. ¡La muerte! ¡La guerra!

PEÑASCO. ¡Aprieta!
con buena gente topamos.

DIABLA. ¡Y la discordia!

ELVIRA. ¡Ay, Gabriel!

COJUELO. ¡Á mí, legiones que os llamo!
¡No contestan!

DIABLA. ¡Talisman
que hasta aqui me has amparado!

COJUELO. ¡Nuestro poder no funciona!

DIABLA. ¡Es verdad!

COJUELO. ¡Luchar es vano!

PEÑASCO. ¿Qué es eso, luchar querian?

¡pues para luchas estamos!

ELVIRA. Gabriel, de tu perdicion
yo soy la causa.

GABRIEL. ¡Te amo,
y feliz me considero
como me pierda á tu lado!

PEÑASCO. ¡Sin comerlo ni beberlo,
yo me pierdo por entrambos!
¡Aqui viene don Pluton,
y con su córte de diablos!

ESCENA X.

DICHOS, PLUTON, LUZBEL y muchos diablos.

PLUTON. Al infierno habeis venido
por mi poder impulsados.

PEÑASCO. (¡Maldito tu poder sea!
yo de miedo estoy temblando!)

PLUTON. ¡Ya en el Estigio os aguarda
Caron; mas antes, os hago
comparecer ante mí
en el bosque del Espanto!
¡Cojuelo, rebelde ha sido
con intento temerario,
y esa diabla, un talisman
con astucia me ha robado!

LUZBEL. ¡Cojuelo, á Felipe Augusto
y á su vencedor Ricardo,
les ha inspirado la paz
tus pretensiones burlando!
¡Cojuelo llevó á Gabriel
y á Elvira hasta el subterráneo
donde el talisman se halla,
que pudiera aniquilarnos!

COJUELO. ¡Es cierto! yo tu ambicion
quise contrariar osado;
¡Pluton es parcial contigo
mis servidios olvidando,
y al sucumbir por tu intriga
quise sucumbir vengado!

PLUTON. ¡Prended al punto á Cojuelo,

y sin compasion llevadlo
al horrible calabozo
donde á los rebeldes guardo!
(Se llevan á Cojuelo.)

PEÑASCO. (¡Pues si hay consejos de guerra
tambien aqui, va aviado!)

LUZBEL. Esa Diabla se llevó
sin tu permiso á Peñasco...

PEÑASCO. (¡Aqui entro yo!)

LUZBEL. ¡Traicionera,
por un amor insensato!

PEÑASCO. (¿Me envolverán en harina,
ó me freirán rebozado?)

PLUTON. ¡Llevad tambien á esa Diabla!

DIABLA. ¡Piedad, señor! ¡Oh! ¡Peñasco!

PEÑASCO. Pues á buena parte acudes:
¿y á mí quién me vale?

PLUTON. ¡Vamos!
¡Obedeced!

DIABLA. ¡Ay de mí! (Se la llevan.)

PEÑASCO. (¡Se acerca el momento amargo!)

PLUTON. Elvira, que no pecó,
no puede entrar en el Tártaro;
irá á los Campos Elíseos!

PEÑASCO. (¿Donde estarán esos Campos?)

PLUTON. ¡Esa es la ley!

PEÑASCO. (Y el que manda
¿cumple aqui leyes? ¡Es raro!
pues por el mundo, es sabido
que no sucede otro tanto!)

PLUTON. Gabriel condenado sea,
que ya pecó por tu engaño.

PEÑASCO. ¡Ay, amo del alma mia!

ELVIRA. ¡Oh! ¡Que van á separarnos!

GABBIEL. ¡Infame, que torpe abusas
de tu poder insensato!

PLUTON. ¡Miserable!

DIABLOS. ¡Á la caldera!
(Pluton habla con los Diablos dándoles órdenes.)

ELVIRA. ¡Ay, Gabriel!

PEÑASCO. ¡Ya lo ha enmendado!

GABRIEL. Aquellas palabras... ¡oh!

Dios que nos está mirando
y que vé nuestra amargura,
¿cómo puede abandonarnos?

PLUTON. ¡Silencio! ¡Pronto á Gabriel
y á esa mujer separadlos!

ELVIRA. ¡Gabriel (Abrazándose.)

GABRIEL. ¡Elvira!

PEÑASCO. ¡Señor!
¡Ya veis, mi querido amo!
las valentias pasadas
nos dan un soberbio pago!

PLUTON. ¡Obedeced!

GABRIEL. ¡Dios bendito!
¡Talisman necesitamos
para vencer al infierno
y hacer de Pluton pedazos
el cetro que ostenta altivo!

LUZBEL. ¡Inútil será tu llanto!

GABBIEL. ¡Creo en tí! *La fé* nos valga,
que es talisman del cristiano!

(Trueno horrible: desaparece el bosque quedando una magnífica galeria árabe en el castillo de San Telmo, por la que se vé un suntuoso jardin. Elvira aparecerá jóven y bella en lujoso traje de córte: todo instantáneo.)

LUZBEL. ¡La palabra! (Húndese por escotillon.)

PLUTON. ¡Maldicion! (Id.)

ELVIRA. ¡Está deshecho el encanto!

GABBIEL. ¡Oh sorpresa!

(Empiezan á bajar por las escalinatas Ricardo, Blandel, Clarenzal, guerreros, caballeros y pueblo y damas.)

ELVIRA. ¡Tuya soy,
puesto que tú me has salvado!

PEÑASCO. ¡Hola! ¡Miren la hechicera,
qué maja!

GABRIEL. ¡Calla!

PEÑASCO. ¡Ya callo!

ESCENA ÚLTIMA.

ELVIRA, GABRIEL, PEÑASCO, RICARDO, BLONDEL, guerreros, pajes, damas, caballeros y pueblo.

RICARDO. Bella Elvira, habeis venido
por fin á vuestros estados;
caballeros y soldados
vuestra venida han sabido;
Muerto Rogerio, no habrá
quien con una inícua guerra
os dispute vuestra tierra;
y si al veros sola...

ELVIRA. (Con alegria apretando la mano de Gabriel.)
¡Ah!

RICARDO. Atenta á vuestro reposo
alguno determinado...

ELVIRA. Señor, escudo he encontrado
en la espada de mi esposo.
(Siguen hablando los tres.)

PEÑASCO. (¡Se va á casar! Muy mal hace.
¡Pobre Señor! ¡Quién dijera...
pero en fin su sino era,
y asi... requiescant in pace!)

ELVIRA. ¡Ya de la ventura en pos
iremos siempre los dos,
con nuestro cariño eterno;
que poco puede el infierno,
donde está la fé de Dios!

FIN.

ADVERTENCIA.

Por enfermedad de doña Josefa Fernandez, ensayó el papel de la Diabla 1.ª la señorita Navarro y se la puso en el reparto: pero aliviada de su indisposicion, lo ha extrenado la señora Fernandez.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON ENRIQUE ZUMEL.

La pena del talion..... Drama en cinco actos, en prosa.
La capilla de San Magin... Drama en cuatro actos, en verso.
El piloto y el torero..... Juguete cómico en un acto, en verso.
El himeneo en la tumba.... Drama de magia en cuatro actos, en verso.
Guillermo Sakspeare..... Dramá en cuatro actos y prólogo, en verso.
Una deuda y una venganza.. Drama en cuatro actos, en verso.
Enrique de Lorena..... Drama en cinco actos, en verso.
Enrique de Lorena (2.ª parte). Drama en cinco actos, en verso.
La maldicion..... Pensamiento dramático en un acto, en verso.
Un valiente un buen mozo.... Juguete en un acto, en verso.
El gitano aventurero..... Comedia en tres actos, en verso.
Un señor de horca y cuchillo. Drama en tres actos, en verso.
La batalla de Covadonga... Drama en tres actos, en verso.
Glorias de España..... Drama en cuatro actos, en verso.
Pepa la cigarrera..... Zarzuela en un acto, en verso.
8200 mujeres por dos cuartos. Disparate cómico en un acto, en prosa.
Llegó en martes..... Juguete cómico en un acto, en verso.
El traspaso..... Juguete cómico en un acto, en verso.
Vivir por ver..... Zarzuela en tres actos, en verso.
Aqui estoy yo..... Zarzuela en un acto, en verso.
La casa encantada..... Zarzuela en dos actos, en prosa.
El segundo galan duende... Comedia en tres actos, en verso.
En cojera de perro y lágrimas de mujer, no hay que creer. Comedia en un acto, en verso.
Vaya un lio..... Juguete cómico en un acto, en verso.
Diego Corrientes (Segunda parte.) (Segunda edicion.)..... Drama en tres actos, en verso.
La gratitud de bandido..... Drama en un acto, en verso.
José Maria..... Drama en siete actos, en verso.
Quien mal anda mal acaba (Se-

gunda parte de José María)..... Drama en tres actos y en verso.
La voz de la conciencia.... Drama en tres actos, en verso.
El deseado Príncipe de Asturias..... Loa, en verso.
L. N. B..... Juguete cómico en un acto, en prosa.
Los guantes de Pepito..... Juguete cómico en un acto, en prosa.
Imperfecciones..... Juguete cómico en un acto, en prosa.
Un regicida..... Comedia en un acto, en verso.
Viva la libertad!..... Juguete cómico en tres actos, en verso.
Ábrame usted la puerta.... Juguete cómico en un acto, en prosa.
El muerto y el vivo..... Juguete cómico en tres actos, en verso.
Laura..... Melodrama en tres actos, en verso.
Será este?..... Juguete cómico en un acto, en prosa.
Si sabremos quién soy yo?..... Juguete cómico en tres actos, en prosa.
Las riendas del gobierno..... Juguete cómico en tres actos y en verso.
Doña María la Brava..... Drama histórico en tres actos y un epilogo.
La hija del almogávar..... Drama en tres actos y en verso.
Otro gallo le cantara..... Comedia en tres actos y en verso.
Batalla de diablos..... Comedia de mágia en tres actos y en verso.
Un hombre público..... Comedia en tres actos y en verso.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Los dos gemelos..... Novela original en un tomo.
El amante misterioso..... Novela original en un tomo.
Amores de ferrocarril..... Leyenda original.
La batelera..... Poema original.

Maria.
n 1818.
vista de pájaro
re hojuelas.
de Polonia.
ó la Emparedada.

Blanco.
se entiende, ó un hom-
nido.
contra nobleza.
do oro lo que reluce.

o de enmienda.
rio revuelto.
y por el.
ridas las de honor, ó el
avio del Cid.
ierta del jardin.
caballero es D. Dinero.
veniales.
y catigo, ó la conquis-
tonda.

vido al Coronel!...
ucho abarca.
rte la mia!
s el autor?

¿Quièn es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor à la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.

Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
e buena ley.
as feo.

a la Gitana.
Marte.
Flora.

ando.
riqnita.
Santo, ó el Alcalde pro-
.

ller.
ino.
o de una ópera.
ero y la maja.
del hortelano.
y en Marruecos.
n la ratonera.
o mono.
de carnaval.
o (drama lirico.)
lon de la Rioja (*Música*)
de de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

ccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, undo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.